

Acad. II  
Exp. - 94

# DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

## REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DE

DON JUAN MENÉNDEZ PIDAL

EL DÍA 24 DE ENERO DE 1915

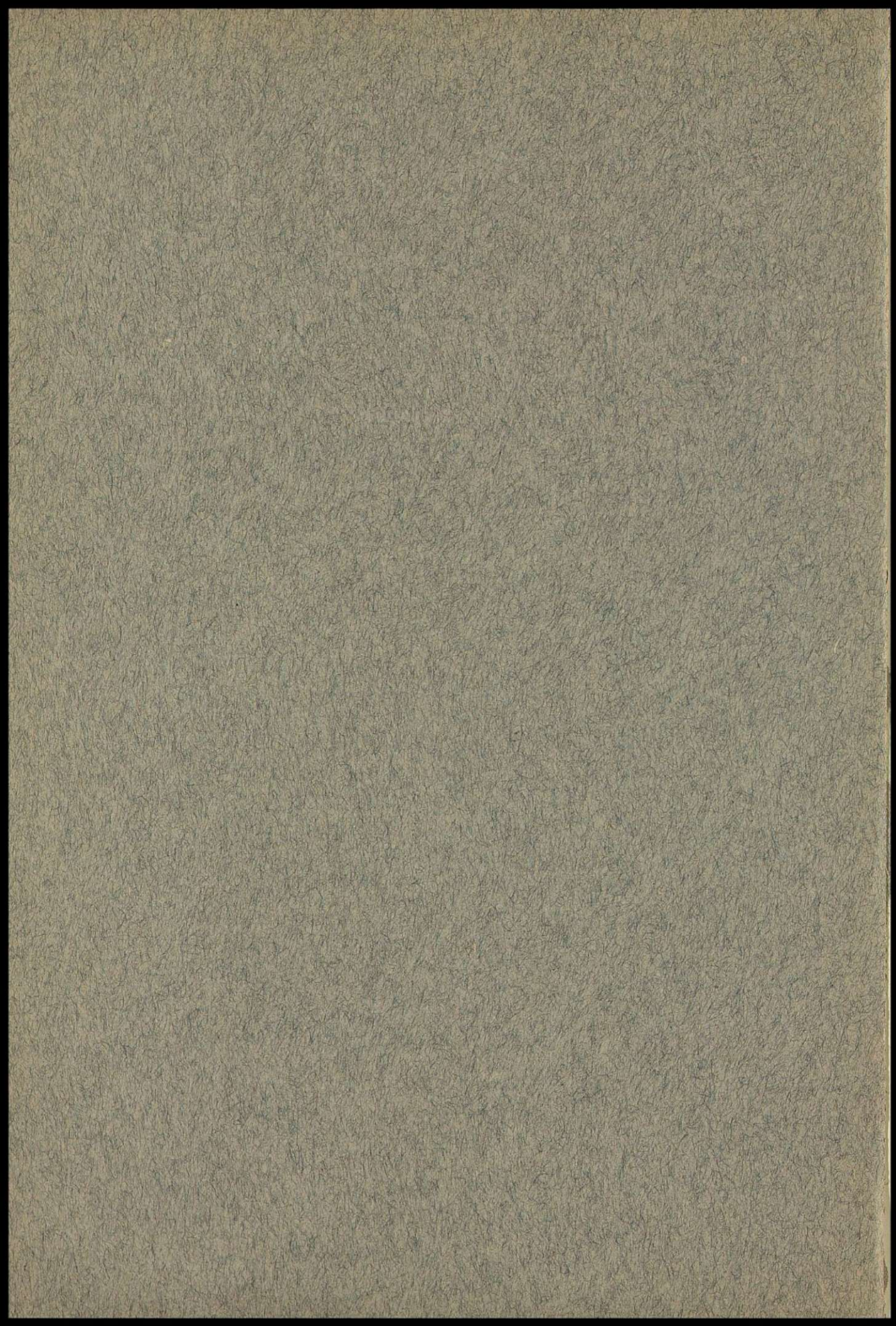


MADRID

TIPOGRAFÍA DE LA "REVISTA DE ARCH., BIBL. Y MUSOS"

Olózaga, 1.—Teléfono 3.185.

1915



R40697

# DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

## REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DE

DON JUAN MENÉNDEZ PIDAL

EL DÍA 24 DE ENERO DE 1915

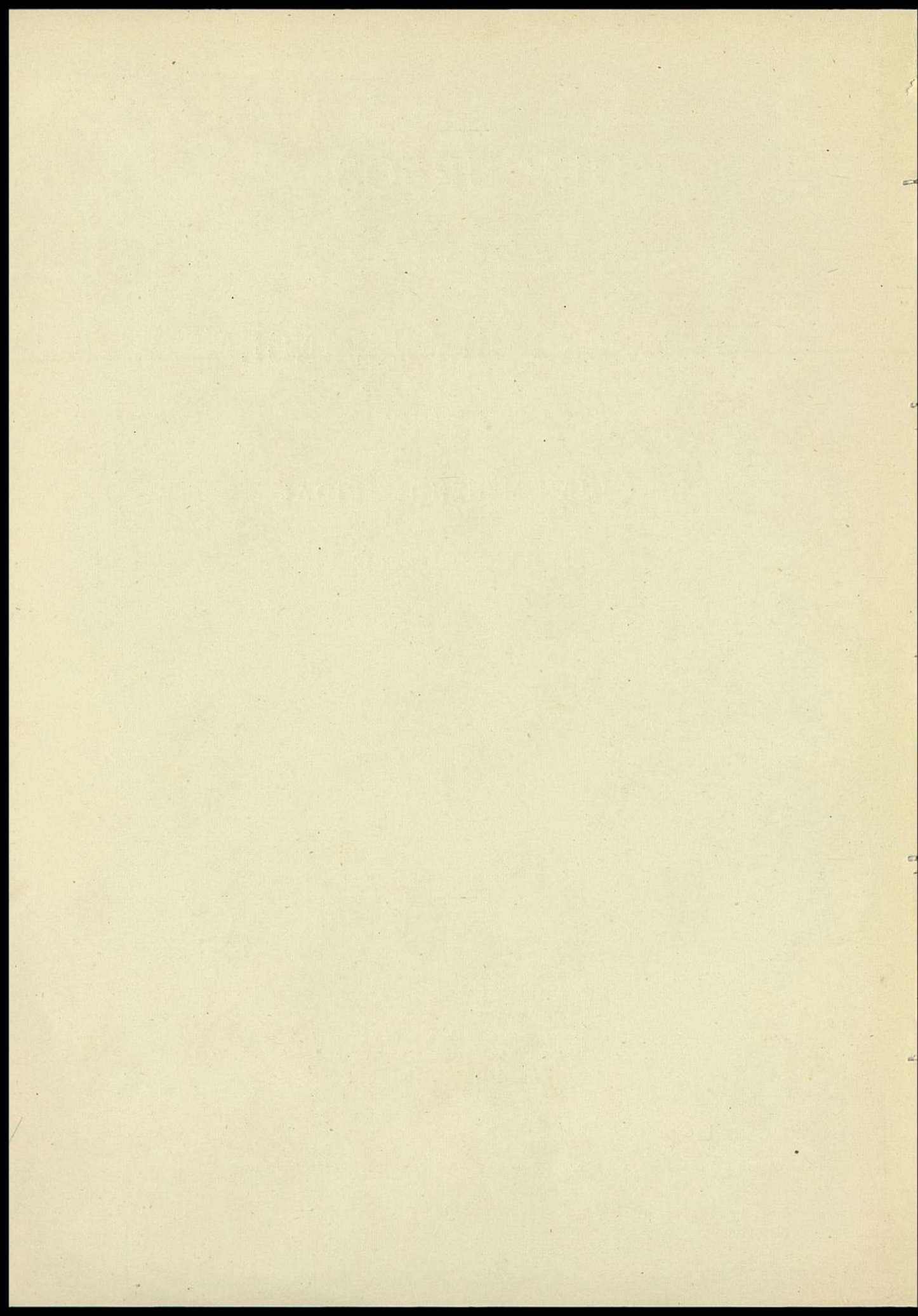


MADRID

TIPOGRAFÍA DE LA "REVISTA DE ARCH., BIBL. Y MUSEOS"

*Olózaga, 1.—Teléfono 3.185.*

1915



DISCURSO

DE

DON JUAN MENÉNDEZ PIDAL

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

SEÑORES ACADÉMICOS:

Mis primeras palabras han de ser de gratitud hacia vosotros por haberme dispensado la señalada honra que hoy vengo a recibir.

Cuánto debo a vuestra benignidad, ocioso es que yo lo diga, pues sobradamente lo proclaman mis méritos, si es que tengo alguno, escasos para merecer tan alta recompensa, de la cual procuraré hacerme digno, en cierto modo, cooperando con buena voluntad y asiduamente en los trabajos que realiza la Academia Española.

Elegido para suceder al ilustre hombre público don Luis Pidal y Mon, marqués de Pidal, siento, al acercarme a su sillón vacío, que la tristeza nubla esta hora solemne de mi vida.

Al Marqués de Pidal me unieron vínculos de sangre; pero más aún los que engendra el mutuo afecto después de una larga convivencia espiritual, dolorosamente rota con su muerte, y en la que aprendí a admirar sus cualidades, sus virtudes ciudadanas.

De prócer entendimiento, de condición dulce y tranquila, naturalmente inclinado al estudio, la biblioteca de su casa,

selecta y copiosa, era lugar en que solíamos hallarle quienes frecuentábamos su trato. Y esa biblioteca, nunca cerrada para sus amigos, dueños de ella también, no sólo fué taller donde se consagró al trabajo, sino familiar academia en que se congregaban literatos y artistas a rendir culto a la Ciencia y al Arte.

Guardo, entre las memorias de mi primera juventud, indeleble recuerdo del día en que el portentoso Menéndez y Pelayo, casi niño, leyó allí los capítulos primeros de su entonces inédita *Historia de los heterodoxos españoles*.

Pocas semanas antes de morir el Marqués de Pidal, cuando su dolencia había hecho ya en él grandes estragos, le encontré en la biblioteca, todavía coordinando cartas y papeles de valor inapreciable que guardaba para escribir acerca de sucesos políticos del reinado de Isabel II y de los tiempos de la Restauración.

La experiencia adquirida en frecuentes viajes al extranjero, el dominio de los idiomas propios de las naciones que visitaba y el interés con que seguía el movimiento bibliográfico universal tocante a las materias objeto de sus estudios, fueron causa de que nunca anduviese rezagado en la doctrina, de su amplitud mental, de aquel juicio, siempre sereno y luminoso, con que examinaba todas las cuestiones y por el que fué estimado como hombre de consejo.

Sus obras de carácter histórico; sus discursos en el Parlamento y los de entrada en esta Academia y en la de Ciencias Morales y Políticas; sus artículos sociológicos, literarios y de crítica musical, que andan dispersos en revistas y otras publicaciones análogas, muestran algo de su varia cultura, honda y extensa, conocida de pocos, porque era hombre más



de vida interior, más aficionado a trabajar calladamente, a poner su actividad en la anónima labor del bien común.

Modesto, sin afectación, libre de ambiciones, nunca el deseo de brillar le sirvió de estímulo para nada, y siempre se le halló dispuesto a la defensa de los principios fundamentales del orden social, a contribuir a la paz pública, al mayor florecimiento de las artes y las letras. Obraba entonces como quien cumple un deber, y aquella frialdad aparente de su carácter trocábase en diligencia y entusiasmo para consagrar a tan nobles fines las luces de su talento y el apoyo de su influencia social y política.

Sirvió a Dios y a la Patria; en la vida del hogar practicó llanamente la virtud; no se apartó del camino del bien, y vió acercarse el fin de sus días, tranquilo como el maestro don Rodrigo Manrique cuando la muerte fué a llamar a su puerta en la villa de Ocaña; presto, como él, a conformar su voluntad con la divina:

que querer hombre vivir  
cuando Dios quiere que muera,  
es locura!

Si los estatutos por que se rige la Academia me lo consintiesen, no apartaría en esta solemnidad mi recuerdo de la memoria de aquel varón insigne cuya pérdida lloramos todos. Pero he de explanar un tema en relación con los fines de vuestro Instituto y no quisiera fatigaros con mi disertación demasiado tiempo.

Me propongo estudiar la vida y obras de un escritor cortesano del siglo XVI, autor de cierta *Miscelánea* que, por el desenfado con que está escrita, es muy útil documento para conocer el lenguaje familiar en aquel siglo; también

*Unos días*

autor del *Carlo famoso*, que si no fuese interesante por muchas razones, fuéralo porque el buen Alonso Quijano tuvo en su librería ese poema, y gérmenes hay de él en su sagrada locura.

No se conoce otra biografía de don Luis Zapata que la escrita por Gayangos y, poco más o menos, se reduce a decir la fecha en que nació, la probable de su muerte, cómo “se alistó en uno de los tercios que pasaban a Italia, y allí y en Flandes contribuyó con su esfuerzo e hidalguía a mantener el buen nombre de las armas españolas”; que se casó dos veces, la segunda con una dama noble portuguesa, y que escribió, además de las obras generalmente conocidas, varios sonetos, los cuales se conservan manuscritos en la Biblioteca Nacional.

Pero es el caso que ni nació don Luis Zapata el año que Gayangos dice, ni murió cuando supone, ni militó en parte alguna, ni a tal dama portuguesa tuvo por segunda mujer, ni los sonetos son suyos, sino de otro Luis Zapata del Bosque, excelente poeta, del cual he averiguado muy seguras noticias.

Aunque no se trate, pues, de uno de nuestros grandes autores, juzgo que don Luis Zapata tiene derecho a mejorar de biografía, siquiera para que no continúen llamándole “rudo soldado” unos, ni anden otros con su edad a vueltas para resolver dificultades cronológicas.

El comendador Francisco Zapata de Chaves fué un caballero de la nobilísima estirpe de los Zapatas de Aragón, hijo primogénito de aquel licenciado Zapata, presidente del Consejo de los Reyes Católicos, y tan favorecido por éstos con su confianza como después por Carlos V, a quien

prestó servicios muy señalados en la guerra de las Comunidades.

Tenía el Comendador más de cuatro mil ducados de renta y era Señor, en el reino de Granada, de quinientos vasallos, que a su padre diera el rey don Fernando el Católico, con los lugares del Cehel, Polopos, Albuñol, La Ravita y Castildeferro<sup>1</sup>.

Los antiguos caballeros de Santiago estimaban su Orden de tal modo, que, aun siendo señores de vasallos, titulábanse comendadores si tenían encomienda, y así nuestro Comendador fué siempre conocido por el Comendador Zapata, o el Comendador de Hornachos, simplemente.

Cumplidor de la Regla puntualísimo, ni en tiempo de guerra se eximía de rezar las Horas, aunque bien pudiera hacerlo sin caer en falta. El conde de Osorno, don García Manrique, fué testigo de ello muchas veces en el real sobre Fuenterrabía, cuando, en 1522, recobraron esta plaza los españoles del poder de los franceses. Alojándose en la misma tienda que el Comendador Zapata, vió a éste, las noches que le tocaba la guardia del campo, venir con la aurora y, sin despojarse de las armas siquiera, sentarse en su cama, junto a la del Conde, y hacer los rezos desde el principio hasta el fin, antes de acostarse<sup>2</sup>.

Tan extremado observador de los deberes religiosos no podía sentir flaquezas en su celo militar, y de que en la campaña de que hablamos acudió a los puestos de mayor peli-

---

<sup>1</sup> Fernández de Oviedo, *Libro de linajes y armas*, Ms. de la Biblioteca de la Real Academia de la Historia, 12-2-3, c. 24, fols. 38 y 38 v.

<sup>2</sup> Don Luis Zapata, *Miscelánea*, tomo XI del *Memorial histórico español*, págs. 301-2.

gro daban en su cuello fe señales del aceite hirviendo que desde la muralla echaron sobre él los sitiados, y que, penetrándole por entre la armadura, le causó graves heridas <sup>1</sup>.

Cuatro años después de este suceso tuvo el primer hijo, fruto de su tercer matrimonio, contraído un año antes con doña María Portocarrero, hermana del Conde de Medellín, la cual murió de sobreparto <sup>2</sup>.

El primogénito del Comendador llamóse Luis, en memoria de su abuelo paterno, y nació marcado en la garganta con las cicatrices de su padre, si las heredadas cicatrices no fueron más tardíos costurones, a que la fantasía del autor de la *Miscelánea* se complació en buscar entronque lisonjero con el asalto de Fuenterrabía <sup>3</sup>.

De la infancia de don Luis no han llegado a nosotros más

---

1 *Miscelánea*, pág. 92.

2 Cf. Fernández de Oviedo, *ob. y lugar citados*; López de Haro, *Nobiliario*, I, 302; don Luis Zapata, *Libro de Cetrería*, Ms. de la Biblioteca Nacional, núm. 4219, fols. 594 v. y 595; *Miscelánea*, pág. 91. Nació don Luis Zapata el 16 de noviembre de 1526, según él mismo dice en el curioso centón que, con el título de *Miscelánea*, publicó don Pascual de Gayangos, por cierto con muy poca escrupulosidad. Al fol. 198 del único manuscrito que se conoce de la *Miscelánea*, conservado en la Biblioteca Nacional con el núm. 2790, se lee: "...en mi edad, que ha sido gracias a Dios bien larga de sesenta años, y a 16 de este noviembre de 593 será de 61". El texto impreso dice (pág. 226): "...y a 16 de este noviembre de 593 será de 61", error de copia, por el cual Gayangos cayó en el de fijar la fecha del nacimiento de don Luis en 16 de noviembre de 1532, como aparece en la biografía que puso al frente de su edición.

Pero si aún hubiese duda, Zapata repite la fecha de su nacimiento en el *Carlo famoso*, canto XXIX, al tratar de los sucesos del año 1526 (fol. 162):

"...Me acaesció a mí un caso no pensado;  
que otra nueua como esta acaescida,  
no me ha en todo el processo de mi uida,  
que fué uenir al mundo, assi que quando  
de Nouiembre llegó el diez y seys día,  
este año aquí en Granada el Rey estando,  
nascí yo, algo después de medio día."

3 *Miscelánea*, pág. 92.

noticias que éstas de su nacimiento; pero ha de suponerse que la pasó en Llerena, su villa natal<sup>1</sup>, donde el Comendador de Hornachos disfrutaba, por Real merced, la Alcaidía de la fortaleza de Puerta de Reina<sup>2</sup>, y en la gran casa solar del mayorazgo, que reedificó el licenciado Zapata, con la cual su nieto había de envanecerse un día, incluyéndola entre las “cosas singulares de España”, como la mejor casa de caballero y mejor que la de muchos Grandes<sup>3</sup>.

Cuando apenas tenía nueve años el hijo del Comendador, estaba ya en la Corte de paje de la emperatriz Isabel, criándose en servicio del príncipe don Felipe, que era de su misma edad próximamente, con “cuantos hijos de nobles había en España”<sup>4</sup>.

“Estos pajes, en número de treinta o cuarenta—dice Marino Cavalli en su *Relación al Senado de Venecia*—, formaban parte de la Casa del Emperador, donde se les daba, no sólo mesa y vestido, sino educación proporcionada a su estado, por maestros que les enseñaban a danzar, a manejar la espada, a cabalgar, a voltear a caballo y algo de letras<sup>5</sup>.”

---

1 *Miscelánea*, págs. 206 y 230.

2 Arch. Hist. Nac., *O. M. de Santiago, Registro 48 c.*, fol. 292, y *Visitas, Provincia de León*, tomos I y III, fol. 75 v.

3 *Miscelánea*, pág. 57. Una reseña minuciosa de la casa de los Zapatas en Llerena puede ver el lector en el *Libro de Visitas de la Orden de Santiago*, correspondiente al año 1575, fols. 111 y 112. Arch. Hist. Nac., Ms. 1012 c.

4 La primera noticia que tenemos de hallarse en la Corte don Luis se refiere a los años de 1535-1536. “Estando la Corte en Madrid—dice en la *Miscelánea*, pág. 143—y el Emperador en Flandes, y cuantos hijos de nobles había en España criándonos en servicio del Rey, que también era, o sería de ocho o nueve años...” Cf., además, *ob. cit.*, págs. 248 y 374.

5 *Relazioni degli ambasciatori veneti al Senato, raccolta, annotate ed edite da Eugenio Alberi* (Firenze, 1840), serie 1.ª, vol. II, pág. 205.

El doctor Bernabé de Busto, maestro de los pajes de la Emperatriz, escribió expresamente para el Príncipe y para aquéllos *Introductiones grammaticas breues y compendiosas* y un *Arte para aprender a leer y escreuir perfetamente en romance y latin*.

La educación de esos nobles que tan cerca habían de estar del Príncipe no podía diferenciarse mucho de la de éste, y por las conocidas cartas de su ayo don Juan de Zúñiga y de Martínez Silíceo, su preceptor, sabemos que la enseñanza elemental de Su Alteza consistió principalmente en el estudio de la Doctrina y Moral cristianas, de la Aritmética y los idiomas italiano, francés y latino, sobre todo del último, en el cual hacía ejercicios de traducción de los clásicos, poetas e historiadores, escribía al dictado y conversaba.

Tocante a su educación física, eran parte de ella la equitación, la caza de montería y altanería, justar y correr cañas, deporte a que se mostró aficionado muy pronto, pues desde los cuatro años de edad lo tuvo por favorito recreo, como aparece en la correspondencia de que extractamos las anteriores noticias, y en el retrato de don Felipe niño, con la caña en una mano y en la otra una adarga, que se conserva en las Descalzas Reales de esta Corte.

Tal fué la escuela donde se educó don Luis, donde empezó a formarse el cortesano y el escritor, para cuya semblanza no hemos de olvidar tampoco recuerdos suyos de la niñez, que remanecieron en su memoria frescos y amables al declinar la vida.

En los apuntes de varia historia que escribió, ya viejo, nos hace entrever ardorosas siestas castellanas, cuando el

pajecillo de la Emperatriz, atento a las maravillosas aventuras del más reciente libro de caballerías, leído por doña María Manuel ante Sus Majestades, vió cómo la ingeniosa dama conseguía del Emperador la encomienda de Estepa para su prometido con intercalár graciosamente en la lectura de la novela un extraño “Capítulo de cómo don Cristóbal Osorio, hijo del Marqués de Villanueva, casaría con doña María Manuel, dama de la Emperatriz, Reina de España, si el Emperador, para después de los días de su padre, le hiciese merced de la encomienda de Estepa”.

—Torna a leer ese capítulo, doña María—dijo el Emperador.

Ella volvió a leer lo mismo de igual manera, y la Emperatriz acudió diciendo:

—Señor, muy buen capítulo y muy justo es aquello.

Sonrió el Emperador afablemente a la dama de la Emperatriz, e insistió:

—Leed más adelante, que no sabéis bien leer, que dice: sea mucho enhorabuena <sup>1</sup>.

En las páginas del mismo centón cuéntase aquí y allá de memorables justas y torneos que, hallándose Carlos V con su floreciente Corte en Valladolid el año de 1537, presenció en la Corredera don Luis Zapata, con infantil avidez, desde los aposentos y ventanas de Palacio, donde la Emperatriz y sus damas eran testigos del valor y la destreza de los justadores, entre los cuales solía estar el propio Emperador <sup>2</sup>.

---

1 *Miscelánea*, pág. 116.

2 *Ibid.*, págs. 248 y 481.

Lo mismo que en la escuela, en las intimidades palatinas y en el curso de la vida social aprendió don Luis a ser hombre de armas y de letras, galante y soñador y temerario, presuntuoso en demasía y un tantico aventurero, como la mayor parte de los españoles del gran siglo de nuestra Historia.

La inesperada muerte de Isabel de Portugal, aquella amada Emperatriz que con su juventud y su hermosura había alegrado tan bizarras fiestas, vino a nublar la Corte con el más hondo de los pesares.

Dolorosamente deshecha la Casa del Emperador, éste, a quien el gobierno de sus Estados exigía continuos y largos viajes, pensó en establecer la del Príncipe y la de sus hermanas. Dispuso que las Infantas quedasen en Arévalo a cargo del Conde de Cifuentes y de unas damas portuguesas que no habían tenido aún proporción de casarse. Con algunos criados de la Emperatriz ordenó la Casa del Príncipe<sup>1</sup>, y a su servicio continuó, en calidad de paje, don Luis Zapata<sup>2</sup>.

Poco tardó el César en dar nuevo testimonio de aprecio al Comendador de Hornachos y a su hijo. El 24 de octubre de 1539 hizo merced del hábito de Santiago a don Luis, que apenas contaba trece años<sup>3</sup>.

---

<sup>1</sup> Cartas de Martín de Salinas, encargado de negocios del rey de Hungría, don Fernando. (*Boletín de la Acad. de la Hist.*, tomo XLVI, pág. 200.)

<sup>2</sup> Archivo general de Simancas: *Quitaciones, Casa Real, leg. 86*: Albalá del Emperador, en el que nombra paje del Príncipe su hijo a don Luis Zapata, que lo había sido de la Emperatriz. Madrid, 1.º de julio de 1539. Debía percibir cada año 9.400 maravedís de ración y quitación.

<sup>3</sup> Consta así en la inscripción núm. 149 del *Índice de los Cavalleros y Monjas del Orden de Santiago* (tomo I) que se conserva en el Archivo Histórico Nacional: *Orden de Santiago, 273-B*.



Después de residir el novicio en el convento de Uclés más tiempo que quisiera, instruyéndose en la Regla de la Orden, profesó a 2 de junio de 1541, y se le señalaron desde aquel día 12.000 maravedís anuales para su mantenimiento<sup>1</sup>.

Vuelto a la Corte, ¿qué haría sino dar al olvido las austeridades de Uclés con pasatiempos y travesuras propias de sus años?

A entonces, sin duda, han de referirse sus recuerdos de la mocedad, cuando, en el monasterio de Nuestra Señora de Atocha, de Madrid, donde iba con frecuencia a recrearse el Príncipe, los mozos pajes burlaban con un fray Hernando que, vencidas las Comunidades, cuyo partido siguió, metióse fraile lego para librarse del rigor de la justicia, y aun no teniéndose por seguro en el claustro, “saltó en hacerse loco de unas locuras discretas y agradables, como muy sabio que era”. Su miedo le condenaba a ser “recreación de cortesanos y escarnio de toda manera de gente ruin”, aunque se cobraba “dando pescozones a hombres de cargo, sin que nadie de ellos se agraviase”<sup>2</sup>.

No volvemos a saber de don Luis hasta que cierta indicación, muy breve, relativa al año 1542, nos lo muestra un momento paseando a caballo con don Alvaro de Bazán y conversando acerca del peligro turco por la Corredera de Valladolid<sup>3</sup>, donde, a la hora de paseo, solían estar los miradores llenos de hermosas damas.

---

<sup>1</sup> *Orden de Santiago. Registro desde Abril de 1539, hasta 20 de Noviembre de 1542*, fols. 242, 247 v. y 290 (Arch. Hist. Nac. 48-C).

<sup>2</sup> *Miscelánea*, pág. 462.

<sup>3</sup> *Ibid.*, pág. 94.

Diez y ocho años tenía (1544) al tiempo en que sufrió la gran pena de quedar huérfano de padre<sup>1</sup>, pena mayor para él, ya huérfano de madre desde el día de su nacimiento.

No quiso el César que a la muerte de un servidor suyo tan esforzado y leal como el Comendador de Hornachos pasase a otro que a su hijo la Alcaldía de la fortaleza de la Puerta de Reina, y expidió desde Colonia, a 16 de agosto de 1545, la provisión en que le hacía esa merced<sup>2</sup>.

Percibió don Luis por ella 20.000 maravedís y 100 fanegas de trigo anuales, amén de los 12.000 maravedís que disfrutaba en razón de mantenimiento como caballero de la Orden<sup>3</sup>, más 9.400 de ración y quitación por sus servicios en la Casa del Príncipe; todo lo cual, unido al pingüe mayorazgo que heredó, le proporcionaba muy holgados medios de vida.

Lleno de juventud y orgulloso de ocupar un puesto envidiable en la Corte<sup>4</sup>, aspiró a brillar en ella por las cualidades que más podían cautivar su aprecio: quiso ser —él nos lo dice— un gran cortesano, y gran poeta, y gran justador<sup>5</sup>.

---

1 *Miscelánea*, pág. 53.

2 Arch. Hist. Nac.: *O. M. de Santiago. Visitas. Provincia de León*, tomos I y III, fol. 75 v.

3 En el libro titulado *Copias de Nóminas de Santiago desde el año de 1533*, que con la signatura 1025-C se guarda en el Arch. Hist. Nac., figura don Luis Zapata percibiendo 12.000 maravedís en razón de mantenimiento como caballero de la Orden y 20.000 maravedís y 100 fanegas de trigo y cebada, por mitad, por la Alcaldía de la Puerta de Reina, en la villa de Llerena.

4 El mismo don Luis dice en la Tabla de nombres propios del *Libro de Cetrería* (Ms. de la Bibl. Nac. 7844, fol. 341 v.): "Don Luys Zapata el autor deste y de otros libros, criado del Rey don Phelipe segundo nuestro señor, mayor título que conde ni marques, ni señor de grandes títulos."

5 "Por tres cosas alababa Platon a sus dioses que le avian hecho hombre y no bestia, varon y no hembra, griego y no bárbaro; yo en la juvenil

La tendencia a la obesidad, acaso su temor a ella solamente, le puso desde luego en gran cuidado, ya que por ahí podrían empezar a desmoronarse sus ambiciosas pretensiones.

“Nuestro cortesano, demás del linaje—había escrito el conde Baltasar Castellón en el libro que, popularizado en España por Boscán, era entonces doctrinal de cortesanía—, quiero que... sea gentil hombre de rostro y de buena disposición de cuerpo, y alcance una cierta gracia en el gesto y (como si dixésemos) un buen sango que le haga luego a la primera vista parecer bien y ser amado de todos.”

Temiendo la crasitud, que “es grandísima fealdad y al más gentil varón le desfigura”<sup>1</sup>, ni cenaba don Luis ni bebía vino, y se privaba de comer la succulenta olla; a veces vendaba su cuerpo a la manera que lo están las momias egipcias; vestíase y calzaba tan justo, que era menester descoserle las calzas para quitárselas; dormía “algunas noches con grebas para enflaquecer las piernas”, y “cuando había sarao y dançar con las damas... en palacio, porque la cama enflaquece las piernas..., muchas veces, para las llevar delgadas”, estabase en la cama todo el día<sup>2</sup>. Así que, ligado, ayuno, armado de grebas para combatir la obesidad, por amor a la gentileza, bien pudo el bueno de don Luis, en sus vigili-  
gias cortesanas sobre el catre, clamar con el romance viejo:

---

edad que me halló con aquellas mismas, y mejor la postrera que es ser español, deseé otras tres: ser gran cortesano y gran poeta y gran justador: lo que de esto alcancé, que cierto fué poco, a los juicios agenos que son los jueces lo remito.” (*Libro de Cetrería*, Ms. de la Bibl. Nac. 7844. Prólogo de don Luis al lector.)

1 *Miscelánea*, pág. 65.

2 *Ibid.*, pág. 67.

Mis arreos con las armas;  
mi descanso es pelear;  
mi cama, las duras peñas;  
mi dormir, siempre velar...  
¡ Pero por vos, mi señora,  
todo se ha de comportar!

Más que la abstinencia y el reposo en tortura le aprovecharían el manejo de la espada, cabalgar a la brida o a la jineta, correr lanzas, justar y otros ejercicios propios también del cortesano, como la caza y la montería, “los cuales, aunque no procedan derechamente de las armas, tienen con ellas muy gran deudo y traen consigo una animosa lozanía de hombre”<sup>1</sup>.

Que don Luis ejercitó la caza nos lo dicen, tanto su *Libro de Cetrería*, como las múltiples alusiones y recuerdos personales que la *Miscelánea* contiene<sup>2</sup>. Pero en alancear toros y jugar cañas, en torneos a pie y a caballo, en justas mantenidas o a la folla, pocos hubo que le aventajasen, colmando en esto la medida de sus ambiciones.

Adiestrado en el arte de combatir por maese Gaspar de Orihuela, que, con Millo de Maniscote, fué en Italia padrino obligado de duelistas y paró en maestro de esgrima del príncipe don Felipe y de los pajes<sup>3</sup>, pudo llegar don Luis, en el juego de la lanza, sobre todo, a un grado de perfección tan singular, que, aun justando encubierto, se le conocía por el modo de ponerla en el ristre<sup>4</sup>, y no exageraba ciertamente cuando en su vejez escribía de sí mismo como justa-

---

<sup>1</sup> *Los cuatro libros del Cortesano... traducidos en lengua castellana por Boscan*, edic. de Fabié en *Libros de antaño*, tomo III, pág. 66.

<sup>2</sup> Cf. págs. 58, 247, 253, 321, 322, 323, 415, 416.

<sup>3</sup> *Miscelánea*, pág. 174.

<sup>4</sup> *Ibid*, pág. 50.

dor: “en esto (quíerolo decir) he sido de los más ejercitados y venturosos de España”<sup>1</sup>.

Con tan buenas disposiciones naturales y tan alta escuela como la Casa del Príncipe, nada le faltaba para ver cumplidos sus deseos de alcanzar en palenques y saraos un puesto distinguido, y muy pronto vino a ofrecérsele ocasión extraordinaria de lucir en la Corte, compitiendo con la flor de la juventud española, italiana, alemana y flamenca.

Deseaba el Emperador que su hijo visitase los Estados que había de heredar fuera de España, y que éstos le conociesen y acatasen como próximo heredero. Con tal propósito, así como con el de informarle de cuanto necesitaba saber acerca de la administración y gobierno de sus dominios, le llamó junto a sí a Bruselas el año de 1548.

El día 1.º de noviembre salió el Príncipe del puerto de Rosas, con numeroso séquito de Grandes, Gentilshombres y oficiales de su Casa, que, para honrar a su señor, habían hecho gastos cuantiosos, queriendo aparecer cada cual con la ostentación proporcionada a su rango. Entre los principales de la comitiva, pues sólo a los principales nombra Calvete de Estrella, cronista de aquel viaje, fué don Luis Zapata<sup>2</sup>.

De 58 galeras, y casi de otras tantas naos destinadas a

<sup>1</sup> *Miscelánea*, pág. 215.

<sup>2</sup> “Señalaronse galeras a los principales de su corte y casa: repartieronse por ellas los Caualleros y gentiles hombres y criados de la casa del Principe, donde con verdad se puede dezir que estaua junta gran parte de los Caualleros mancebos de España hijos de Grandes y de los principales Señores y Caualleros que ay en ella...”

“Embarcose don Luys Çapata en la galera que le fué señalada, y con él don Iuan Tauera, don Bernardino de Ayala, don Iuan de la Nuça, don Iuan Niño de Rojas, don Alonso Tauera, Fernan Lobo, y el Capitan Diego Hernandez Morerueta.” (*El felicissimo viaje del muy alto y muy Poderoso Prin-*

la servidumbre y caballerizas, se compuso la armada, que navegó con rumbo a Génova.

Así en esta ciudad como en los otros pueblos del itinerario donde después hizo mansión el augusto viajero, agasajado fué con suntuosas fiestas, que nos maravillan y deslumbran con desbordamientos de lujo y alardes de la fantasía, aunque su recuerdo llegue a nosotros desvaído, como historias de viejo tapiz, en los relatos de Estrella y del sumiller de la panetería del Príncipe, Vicente Alvarez <sup>1</sup>.

En esos luminosos cuadros de la vida cortesana, donde la

---

*cipe Don Phelippe... desde España a sus tierras de la baxa Alemaña... por Iuan Christoual Caluete de Estrella. Amberes, 1552, fols. 5 v. y 7.)*

Don Pascual de Gayangos, que equivocadamente, como hemos visto, fijó en 16 de noviembre de 1532 la fecha del nacimiento de don Luis, dice de él que, cumplidos los diez y siete años, o sea en 1549, "y bullendo ya en su pecho los generosos sentimientos de sus mayores, se alistó en uno de los tercios que pasaban a Italia, y allí y en Flandes contribuyó con sus esfuerzos e hidalguía a mantener el buen nombre de las armas españolas". (*Memorial histórico español*, tomo XI, pág. vi.)

Todo ello es pura fantasía de Gayangos, que imaginó empresas militares de don Luis sin otro fundamento que las alusiones de éste en su *Miscelánea* a diferentes hechos presenciados por él en poblaciones italianas y flamencas. En 1549 anduvo don Luis Zapata por Italia y Flandes, pero no alistado en ningún tercio, sino como cortesano del príncipe don Felipe. Y que no era un homónimo suyo el que tantas veces menciona Calvete de Estrella en su *Felicísimo viaje...*, lo comprueba el mismo Zapata cuando dice, al relatar en la *Miscelánea* (pág. 311) los destrozos hechos por un rayo en una torre de Malinas, de que también Estrella hace mención (fol. 215): "Cuyo destrozo vimos juntos yo y el doctísimo y excelente varón el maestro Estrella, que fué siempre mi honorable huesped aquella jornada." También en el capítulo titulado *De Venecia* (pág. 189) escribe: "diré lo que vi en Venecia cuando fuimos con el Rey, nuestro señor, donde el Emperador su padre, en Alemania le esperaba".

<sup>1</sup> *Relacion del camino y buen viaje que hizo el Principe de España Don Phelipe nuestro señor, año... de 1548... que passo de España en Italia, y fue por Alemania hasta Flandres* (Bruselas, 1551). El nombre del autor consta en la Real licencia para imprimir el libro y en una nota al final de éste, que dice así: "Compuso esta relacion Vicente Aluarez, Sumiller de la panetería del Principe don Felipe nuestro señor, que todo lo [que] en ella refiere vio y con la diligencia possible noto, y dirigedela (*sic*) ala muy Illustre Señora doña Maria de Aragon."

galantería y la gentileza aparecen con todo su esplendor en torno a un joven Príncipe, hijo del Soberano más poderoso de la tierra, la figura de don Luis sobresale muchas veces entre las de primer término.

Ya es en el palacio del Gobernador de Milán donde le vemos combatir de pica y espada en un torneo a pie, formando parte de la cuadrilla del Duque de Sesa, y por la noche entrar de máscara en el sarao con el Duque, el Conde de Cifuentes, don Bernardino de Mendoza y algún otro caballero, todos vestidos “de vnas ropas turquescas de terciopelo blanco, aforradas de tela de oro..., con sus caperuças muy altas en punta... y muchas plumas en ella encarnadas y blancas”, tañendo con suavísima música vihuelas de arco y otros instrumentos, para obsequiar a las damas<sup>1</sup>. Ora aparece con el príncipe don Felipe y un tropel de caballeros españoles, que, vestidos a la morisca, juegan cañas en la plaza de San Pedro, de Gante<sup>2</sup>. O se le ve en la justa Real de Amberes, con la cuadrilla del Príncipe de Piamonte, vencer a la que capitaneaba Flores de Montmoransi, señor de Hubermont; recoger de mano de las damas el valioso anillo que era precio de la justa, y dejar, con los demás vencedores, su escudo por recuerdo en la Casa pública de la Villa, a petición del Senado...<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> *El felicísimo viaje del muy alto y muy Poderoso Príncipe don Philippe... por Iuan Christoual Caluete de Estrella*, fols. 30 y 31.

Era de buen tono que los jóvenes cortesanos supieran tañer vihuela; pero don Luis, además de tañedor, fué entendido en música y protector de obras musicales, según leemos en el prólogo que Alonso de Mudarra puso a sus *Tres libros de musica en cifras para vihuela... dirigidos al muy magnífico señor, el señor don Luys Çapata*. (Sevilla, 1546.)

<sup>2</sup> *El felicísimo viaje, por Iuan Christoual Caluete de Estrella*, fols. 110 y sigts.

<sup>3</sup> *Ibid.*, fols. 258 v. a 260.

Pero de todas las fiestas a que asistió don Luis una merece ser recordada especialmente, así por lo que importa a esta biografía como por ser interesante para la historia literaria en general.

A punto de anochecer terminó la gran justa, que se mantuvo en la plaza Mayor de Bruselas “por servicio de las damas” y en obsequio del Príncipe <sup>1</sup>.

Clamorosa trompetería resonaba despidiendo a los mantenedores y aventureros que salían triunfalmente de la plaza, cuando Carlos V, las Reinas de Francia y de Hungría, hermanas suyas, el Príncipe y la Duquesa de Lorena, hija del Rey de Dinamarca, que habían presenciado la fiesta desde la torre central de la Casa de la Villa, dejaron sus asientos para entrar al salón, donde tenían preparada cena.

Estaba el salón alfombrado de rojo y cubiertas sus paredes con paño del mismo color, sobre el cual se había tendido una tapicería de gran precio, historiada con pasajes de la vida del patriarca Abraham. Entre el artesonado y los tapices pendían alrededor de la sala escudos con las armas del Emperador, del Príncipe y de las Reinas de Francia y de Hungría.

Un estrado con verja y precioso dosel se alzaba en el testero del comedor: allí estaba servida la mesa en que cenó la familia imperial. A lo largo de la sala, y en otras contiguas, las mesas a que se sentaron damas, señores y caballe-

---

1 También entró en esta justa don Luis Zapata. “Entraron con gran pompa don Luys Çapata, don Garcia de Ayala, don Bernardino de Mendoza, don Iuan de Acuña, don Luys Mendez de Haro, don Christobal Fenollet, don Philippe de Cerbellon, Gaspar de Robles, todos de terciopelo negro y raso blanco, y de lo mismo los adereços de los cauillos, con penachos de las mismas colores, con trompetas delante y lacayos de su librea. Trayan los padrinos sayos de terciopelo negro y jubones de raso blanco con vnas caperuças grandes a la antigua y vandas de tafetan negro y blanco.” (*Ibid.*, fols. 71 v. y 72.)



ros de la Corte; señoras y damas de Bruselas; embajadores de los reyes, príncipes, señorías y ciudades; burgomaestres, oidores, consejeros y gentileshombres de la villa.

Multitud de flores, tendidas sobre los manteles o agrupadas en vistosos ramos al pie de la tapicería, perfumaban el aire; lámparas, blandones y candelabros de plata iluminaban el salón, y una capilla de excelentes cantores y músicos acordaba melodías, mientras los comensales, durante el banquete, comentaban la justa en que el Príncipe, a juicio de los cortesanos, había roto sus lanzas muy bien, sobre todo la de las damas, pues “fué cosa admirable el terrible encuentro que dió, sin quedar de la lança cosa que no bolasse en el aire en pedaços”.

Casi al fin de la cena, llegó a la Casa de la Villa “vn Cauallero andante y auenturero, vestido todo de verde, y sus armas rotas y desguarnecidas, en vn cauallo muy fatigado y maltratado, del qual en llegando se apeó, y subió a la Real sala y hincandose de rodillas delante del Emperador... le dió vna carta, y auiendo el Emperador entendido por ella la causa de su venida..., el Cauallero andante suplicó a su magestad que le diese licencia para que pudiese fixar en la puerta de su Imperial palacio vn cartel que consigo traya. El Emperador se la dió con toda benignidad y le respondió que él yria en persona a la villa de Bins, con las Reynas y Principes y su corte, á ver aquellas extrañas cosas que en la carta se dezían de la dificultosa aventura que allí auia; y con esto el Cauallero, muy consolado y contento de la benignidad del Emperador, se fué y puso el cartel a la puerta de palacio”<sup>1</sup>.

1 *El felicísimo viaje*, fols. 70, 72 y 73.

El mensaje iba dirigido a Carlos V por los caballeros andantes de la Galia Bélgica, que acudían a él movidos por un extraordinario suceso.

Desde que vuestro nombre glorioso—venían a decirle—voló por el mundo, y con él la fama de vuestras admirables expediciones y empresas, por donde siempre hallaron en vuestra Majestad refugio cierto y seguro los pobres despojados de su libertad, de sus haciendas o de sus dignidades, un encantador enemigo de la Caballería, llamado Norabroch, huyó a ocultarse en la Galia Bélgica, junto a la villa de Binche, sobre la antiquísima calzada de Brunequilda, y con sus artes y hechizos atrae y aprisiona en cautiverio cruel a los caballeros que, por ganar honra con el ejercicio de las armas, siempre fueron libres y francos por todos los reinos, buscando extrañas aventuras.

Vive oculto Norabroch en el encantado Castillo Tenebroso, que así se llama porque una negra nube le envuelve, haciéndole invisible.

Para llegar al castillo hay que vencer antes al caballero del Grifón, que guarda el Paso Fortunado, junto a una puerta sobre un río muy profundo; ir después por la Torre Peligrosa, cuyo paso mantiene el caballero del Aguila Negra; entrar en la Isla Venturosa, defendida por el caballero del León dorado; subir a una alta peña de la Isla y arrancar la espada, con empuñadura de oro y piedras preciosas, que hincó allí en un padrón la compasiva Reina Fadada, concedora del porvenir y de lo dañoso que sería el nacimiento de Norabroch.

Según dicen ciertas profecías grabadas en dos altas columnas de la Isla Venturosa, tiene la espada tal virtud,

que si algún caballero logra apoderarse de ella deshará el encanto, libertará a los otros caballeros cautivos, convertirá en ruinas el Castillo Tenebroso y alcanzará otras buenas aventuras que le están reservadas.

Muchos han probado ya fortuna inútilmente, quedando prisioneros de Norabroch, y los caballeros de la Galia Bélgica, para remediar los males causados hasta ahora y los que puedan ocurrir, ponemos la última esperanza en vuestra Majestad y en los caballeros y nobles que están a vuestro servicio, “porque como muchos, o casi todos, auiendo navegado todos los mares y frecuentado la Asia, Africa, Indias y los extremos del mundo, han prouado muchas y muy loables experiencias, acauado diuersas y extrañas auenturas dignas de admiracion; asi... entre tan gran multitud de todas las naciones... aurá algun dichoso y venturoso que podrá llegar al cabo de esta aventura y encantamiento tan extraño<sup>2</sup>.

No hay para qué decir que la anterior carta, puesta en manos del Emperador, y leída después públicamente en el sarao, fué una ingeniosa manera de invitación y programa del torneo “imitando libros de Amadís”, con que la Reina viuda de Hungría, la propia Reina Fadada, festejó, en Binche, a su augusto sobrino. El cartel, escrito en francés y en castellano, que el caballero andante clavó a la puerta del Palacio imperial, contenía las condiciones del torneo.

Como se ve por el simple resumen de la carta mensajera, el argumento de la aventura del Castillo Tenebroso es una refundición y adaptación de dos episodios de *Amadís de Gaula*: el de la Insola Firme (lib. II, caps. I y II) y el de la

---

1 *El felicísimo viaje*, fols. 188 v. a 191.

Peña de la Doncella Encantadora (lib. IV, cap. XLIX). Nadie que haya leído el *Amadís* dejará de reconocer a Arcalaus en el maligno Norabroch, ni de advertir la afinidad que existe entre la Doncella Encantadora y la Reina Fadada. Los nombres mismos adoptados por algunos caballeros de los que tomaron parte en la aventura: Beltenebros, Don Guilán el cuidador, Gavarte de Valtemeroso, Florestán, Angriote de Estravaus, son todos ellos de personajes de *Amadís*.

Esa novedad de poner en acción los justadores, en sus pasos de armas, escenas de libros de Caballerías, era ya cosa vieja para los caballeros españoles, que de niños aprendían todos a leer en el *Amadís* y en el *Tristán*<sup>1</sup>.

Treinta y dos años antes de las fiestas de Binche, cuando Carlos de Gante, como llamaban en Castilla al nieto de los Reyes Católicos, entró en Valladolid por vez primera, hubo, con otros regocijos, torneos, representando pasos de libros de Caballerías<sup>2</sup>, y fueron, sin duda, tan a gusto suyo, que, en 1527, para celebrar el nacimiento de su hijo el príncipe don Felipe, concertó “torneos y aventuras de la manera que *Amadís* lo cuenta”<sup>3</sup>.

1 Cf. *Arte de aprender a leer y escreuir perfetamente en romance y latín...*, por el doctor Busto.

2 Sandoval, *Hist. del Emperador Carlos V*, fol. 116 a.

El *Diario de los Verdesotos de Valladolid* (s. XVI), según el extracto que de él se conserva en la Academia de la Historia (*Colección Vargas Ponce*, tomo LII), contenía al final una relación del paso que defendieron en Valladolid cuatro caballeros, después de muchas justas y toros en celebración de la entrada y jura de Carlos V.

Algunas hojas del original de este *Diario* encontré casualmente en el Departamento de Manuscritos de la Biblioteca Nacional (P. V.—C. 21.—N.º 36), y ellas contienen parte de la relación susodicha, por la cual he visto que se trata de un paso de libros de caballerías, como Sandoval dice, con la consiguiente intervención de gigantes, salvajes, romeros, etc.

3 “... el Emperador tenía concertados torneos y aventuras de la manera que *Amadís* lo cuenta...; y todo lo que en aquel libro se dice se había

El curioso espectáculo, donde aventureros y mantenedores buscaban convertirse en héroes de los libros de Caballerías, identificándose en cierto modo con ellos, fué una de tantas manifestaciones del prestigio e influencia que en la España del siglo XVI llegó a alcanzar ese género de literatura.

---

de hacer acá de veras... Y como la nueva vino a este Emperador de las cosas acontecidas en aquella ciudad, hubo de ello gran pesar, e hizo tan gran sentimiento, que luego mandó su magestad cesar en las fiestas e aventuras que a otro día se habían de comenzar, e mandó derrocar todos los tablados e castillos e palenques, e otros edificios grandes que para las dichas fiestas se habían hecho." (*Crónica de Don Francesillo de Zúñiga*, edic. Rivadeneyra, cap. LXXV.)

Don Luis Zapata recoge en el *Carlo Famoso* (Canto XXX) la memoria, que aún duraba fresca en su tiempo, de tan singulares regocijos:

Se hazen en la real Corte mil fiestas  
con diuersos ornatos de pinturas,  
en cada calle hay tela y ballas puestas,  
donde a pie y a cauallo hay diabluras:  
por las calles, y no aun por las florestas  
solas, hay mil sabrosas auenturas,  
y del bien comun deste nascimiento  
todo el mundo mostraua gran contento.

.....  
Estando así la Corte en tal estado  
que todos de plazer perdian el seso,  
la nueua de que Roma se hauía entrado  
llegó, y muerto Borbon, y el Papa preso.  
El público dolor, más que el priuado  
su gozo, fué ante Carlo de más peso...

.....  
Se encierra y se retira en su aposento,  
se muda el traje y la color del manto,  
y de su hijo el Príncipe el contento  
oluida con pesar del Padre Santo:  
*Cesan las inuenciones tan sin cuento,*  
*las començadas torres caen en tanto,*  
y el alto Emperador gime, y sospira,  
y en contra de Borbon buelue con yra.

Alenda, en sus *Relaciones de solemnidades y fiestas públicas de España* (Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1903), extracta dos papeles manuscritos

Como en tiempos de robusta y pujante fe religiosa crece a su amparo la milagrería y es alimento espiritual gustoso a la piedad ingenua, así la España heroica y aventurera, en la cumbre de su poderío, se deleitó con las ficciones de Amadis y Palmerines, arrojados a empresas imaginarias en países fabulosos.

El pueblo cuyos navegantes llegaron a romper los velos de la Mar Tenebrosa y a descubrir encantadas islas de exótica vegetación, habitadas por hombres de raza desconocida y animales quiméricos; que por la bravura de sus héroes, realizando prodigiosas hazañas, conquistó a América y dominó en el viejo mundo, vió como desaparecer a sus ojos los linderos entre la realidad y la fantasía y casi confundirse su historia con los sueños de la imaginación.

Por esto más de una vez los autores de libros de Caba-

---

de la época, que no he logrado ver y se refieren al torneo a que aluden Don Francesillo y Zapata.

Uno de esos papeles perteneció a la Biblioteca de Cardenera, y dice así al principio: "los nombres y armas y dibisas de los caballeros que estan esactos para el torneo Ebenturas Que se haran En la villa de Vllid. lo qual se començaran el domingo siete de jullio del ano de mil E qui<sup>os</sup> E beynte siete, por la alegria del naccimiento de dn. felipe príncipe despania, fijo pmgenito de Dn. carlos emperador de rroma E rrey de espania, E dee serenissima su companera dona ysabel Enperatriz, fija de Dn. manuel rrey de portugal.

"Primeramente de saber que para las suso Dhis fiestas Estan Ascritas bente e vna cuadrilla, cada vna de siete caballeros y la declaraçon de como an de tornear."

El otro manuscrito lleva por epígrafe: "Lo que se a de publicar por los rreys de armas en el serao que se tendra despues del juego de Cañas para que sepan los Cavalleros que han de tornear lo que han de hazer en el torneo y en las aventuras yendo como Cavalleros andantes; es lo siguiente."

Inmediatamente después del epígrafe se lee: "Lo primero sepan que se hara un torneo en la plaza mayor de esta villa ocho dias despues que la enperatriz habra salido a misa que con ayuda de Dios se espera que sera en Domingo a siete de julio." Sigue fijando las condiciones y circunstancias con que se ha de hacer la fiesta.

llerías incorporaron a sus fábulas hechos reales de nuestras guerras con los moros, o de las campañas de Italia, y las virtudes militares y domésticas del emperador Carlos V, de don Luis de Córdoba y de sus progenitores, fueron alegóricamente celebradas en los protagonistas de la *Cuarta parte de don Florisel de Niquena*, el *Palmerín de Oliva*, *Primaleón* y *Don Florindo el de la extraña aventura*.

Así pudo decir nuestro don Luis Zapata que “aunque los libros de Caballerías mienten..., vanse a la sombra de la verdad”, y recordando a este propósito hercúleos tajos, estocadas y encuentros de lanza de Juan Fernández Galindo, Ramiro de Cárdenas y don Jorge Manrique, ponerles por comentario “una higa para los golpes que fingen de Amadís y los fieros hechos de los gigantes, si hubiese en España quien los de los españoles celebrase”<sup>1</sup>.

Bien hacían, pues, los caballeros andantes de la Galia Bélgica en brindar a Carlos V, lector apasionado de *Amadís*, y a los caballeros de su Corte, la aventura del Castillo Tenebroso.

A mediados de agosto de 1549 llegaron a Binche el Emperador, el Príncipe y su séquito, y les aguardaba allí, con la reina de Francia, la de Hungría, que, por donación de Carlos V, era señora de aquel histórico lugar donde, si la

---

1 *Miscelánea*, págs. 21-22. La misma idea se contiene en las siguientes líneas del *Memorial de criança y vanquete virtuoso para criar hijos de grandes* (Zaragoza, 1548), escrito por Gaspar de Texeda: “Las coronicas se hazen a propósito de que no se pierda la memoria de las hazañas y para exemplo de los que vienen al mundo. Para ello se permiten libros de cauallerias y de ficiones bien compuestas, y esto es cosa ya muy recibida. Otras naciones hazen libros de falsas imaginaciones y mentiras, para incitar a los mancebos y mostrar los a ser valientes con esta industria. Esto se podria hazer mejor en España de cosas verdaderas y notorias a todo el mundo.”

tradición no miente, escribió Julio César el *Comentario a la guerra de las Galias*.

El palacio en que la familia imperial se hospedó, obra reciente de María de Hungría, estaba edificado en parte sobre la vieja muralla de Binche, quedando algunas torres de ésta, grandes y fuertes, embebidas en la moderna fábrica. Al pie del palacio iba la calzada de Brunequilda, o sea la vía romana. En ella, y en unos prados contiguos que las aguas del Heine fertilizan, se había dispuesto, con todo el aparato conveniente, la escena de la aventura. A lo largo de la calzada se puso un vallado por ambas partes, y cortando la vía a trechos, de manera que entre uno y otro quedaba espacio holgado para el palenque, se alzaban a la entrada de cada uno de los tres pasos del torneo barreras, arcos y torres, con las tribunas de los jueces del campo.

Al fin de la última carrera, en el herbazal limítrofe, estaba, fingida admirablemente, la Isla Venturosa, y en un collado más allá la negra nube, tras de la cual permanecía oculto el castillo de Norabroch. Una vereda que llegaba hasta él, cubierta con ramaje, servía para conducir a las prisiones de la fortaleza los caballeros vencidos.

Ninguno de los que tomaron parte en el torneo el primer día logró pasar de la Torre Peligrosa, y era muy grande la curiosidad por ver quién llegaría al cabo de la aventura.

La multitud de gentes que de todo Flandes había ido a las fiestas acudió por segunda vez, desde muy temprano, al lugar del torneo, y apiñados unos contra las vallas, diseminados otros por los collados vecinos, y no pocos encaramados en los árboles, aguardaban impacientes el momento de la lucha.



A primera hora de la tarde, después de comer, se asomaron el Emperador y su familia a las ventanas de la torre principal del Palacio, y a los restantes miradores todas las damas, señores y caballeros de la Corte. Iba a reanudarse el torneo.

Ya se hallaban en sus tiendas los mantenedores de los pasos y comenzaron a llegar en caballos briosos, con guarniciones de gala, los caballeros andantes, luciendo ricas sobrevestes y gran variedad de divisas en las cimeras.

No faltaron tampoco doncellas ultrajadas y dueñas con antifaz, que, cabalgando en palafrenes, venían a querellarse a los mantenedores, o a pedir batalla de parte de ciertos caballeros.

Unos en pos de otros, fueron entrando el *Caballero del Escudo Verde*, o sea Imberto de Pelwx; el *de los Tres Luceros*, que con este nombre se encubría el Barón de Vauldrey; el *Caballero sin Esperanza*, don Juan de Acuña; el *del Escudo Azul*, Antonio de Montegnies, señor de Noyeles; *Don Guilán el cuidador* y *Angriote de Estravaus*, Juan Quijada y don Diego de Acuña, vestidos a la morisca, con pajecillos negros, portadores de sus escudos; los *Caballeros Húngaros*, don Luis de Avila y don Luis de Leyva, príncipe de Asculi, seguidos cada cual de una doncella que les servía como paje de lanza, y abriéndoles paso Luisillo, truhán del Príncipe, que iba cantando aquel romance viejo:

*A las armas, Moriscote...*

De catorce aventureros, sólo tres habían conseguido entrar en la Isla Venturosa y vencer en ella al *Caballero del León*, quedando prisioneros todos los demás, cuando *Gavarte de Valtemeroso* llegó al Paso Fortunado y tocó la bocina que

halló colgada en un poste bajo el escudo de armas del *Caballero del Grifón*.

Un enano, vestido de raso carmesí, se asomó a la ventana de la torre por ver quién era el recién llegado y a qué venía, e informado de todo ello, pasó aviso al mantenedor, Felipe de Montmoransi, conde de Horne. Salió éste de su tienda, y puesto a caballo, armado de todas armas, mandó que abriesen la barrera a *Gavarte de Valtemeroso*, “el qual rompiendo sus lanças valerosamente con el *Cauallero del Griphon*, passó adelante pidiendo nueva batalla, lo qual oydo por el *Cauallero d’el Aguila negra*”, Adrián de Borgoña, señor de la Chapela, cuya proeza y ardimiento eran bien conocidos, asomó por la puerta de la Torre Peligrosa y se fué “a encontrar a *Gauarte* que para él con gran furia venia, y rompidas las lanças, reboluieron los caualllos con las espadas en las manos, dandose muy grandes golpes. Era de ver la osadia y ardid con que *Gauarte* al *Cauallero d’el Aguila* heria, tanto que fué la mejor batalla de los siete golpes de espada que en todo aquel día se auia hecho, y saltando del cauallo entró con gran denuedo por la puerta de la Torre recibiendo el *Cauallero d’el Leon* con aquel animo que a los otros solía”. Era éste el conde Amoral de Egmont, mozo corpulento y bravo, quien, además, tenía la ventaja de que hasta él llegaban pocos combatientes y muy fatigados de los combates anteriores, con que el paso de la Isla Venturosa era el de mayor peligro. Según las condiciones del cartel, debían de luchar cuerpo a cuerpo, “a tantos golpes de espada, y a tan luengo combate, hasta que la vna de las espadas d’el Auenturero o Mantenedor se rompa, o se pierda, que el vno de los dos combatientes sea desarmado, o herido,

o desalentado, o hasta que los juezes echen vn baston para departirlos”.

*Gavarte de Valtemeroso* se mostró también digno de su nombre en este lance, y saliendo de él victorioso, “fuéle concedido passar a la aventura del’ espada”.

Hizo sonar la bocina que colgaba de un mástil, a la orilla del río, y apareció una barca en figura de dragón, tripulada por viejo capitán y remeros vestidos a la antigua, que le condujo a la Isla Venturosa.

Cuando arribó a ésta hubo de acontecerle lo mismo que a Juan Quijada, el primero que, por su extremado valor, pudo llegar allí.

Apenas *Gavarte* saltó en tierra, “fuéle preguntado por el Capitan que dixesse su nombre y sobrenombre”, y respondió ser don Luis Zapata, “y guiandole a la Peña y informandole por el camino lo que auia de hazer en la prueua del’ espada, llegando a la cumbre de la Peña vió el padron, y metida por él la rica y venturosa espada, y trauando de la empuñadura, tiró d’ella, mas no le aprouechó para que arrancar la pudiesse, y hallandose muy confuso d’esto, dixo al Capitan. De más valor ha de ser que yo el que esta aventura acabare: cierto para mí no estaua guardada. No tengays en poco..., respondió el Capitan, lo que haueis hecho que... no es tan pequeña la gloria que d’esto alcançays, que no lleueys en testimonio de vuestro esfuerço y valor este rico crancelin [en alemán *kranzlein* = coronita, anillo] que os manda dar la Reina Fadada, y licencia que os podais boluer libremente, como quisierdes, por los passos que por vuestra valentia passastes, lo que no es lícito á nadie sino al que llegare adonde vos aueys llegado.”



¿Cómo había de acabar la aventura don Luis, si aquella profecía de la Isla Venturosa anunciaba que un Príncipe sería el que arrancase del padrón la espada?

A la caída de la tarde, el príncipe don Felipe, con el nombre de *Beltenebros*, pidió batalla en el Paso Fortunado, y llegó victorioso hasta el padrón. La misteriosa espada brilló suelta en su mano; entre alaridos y truenos se deshizo la nube que ocultaba el Castillo Tenebroso, y se apareció un puente. Lo cruzó el Príncipe; entró en la fortaleza, combatiendo con los caballeros de Norabroch; quebró á golpes de espada la redoma del encanto; se hundió el castillo con estruendo espantoso, y quedaron libres los prisioneros, que estaban “como de vn sueño dormidos”<sup>1</sup>.

A los tres meses circulaba por Castilla una relación de las fiestas de Binche, enviada desde Flandes por don Jerónimo Cabanillas y hecha imprimir por Juan Rodríguez, librero de Medina del Campo; relación en la cual, a vueltas de encarecer lo difícil que era á los aventureros llegar al paso último y salir de él con fortuna, se decía cosa muy halagüeña para el orgullo castellano: “ouo algunos que llegaron a prouar el espada, el primero fué Juan Quixada, hijo de Gutierre Quixada, de que no recibieron poco pesar los flamencos por ser español e ser el primero, e otros siete o ocho los más españoles, y entre ellos don Luis Çapata e don Hernando de la Cerda”<sup>2</sup>.

---

<sup>1</sup> Cf. *El felicísimo viaje del muy alto y muy Poderoso Príncipe Don Phelipe... por Iuan Christoual Caluete de Estrella*, fols. 191 v. a 199.

<sup>2</sup> *Relacion muy verdadera de las grandes fiestas que la Serenissima Reyna doña Maria ha hecho al Príncipe nuestro señor en Flandes en vn lugar que se dize Uince, desde xxij. de Agosto hasta el postrero dia del mes. Embiada por el señor don Hieronymo Cabanillas. (Al fin:) Hecha imprimir por*

Allí conquistó don Luis aquel renombre de valiente y forzado, que, entre otros, Baltasar del Hierro<sup>1</sup> pregonó años después en un soneto dedicado “Al muy yllustre señor don Luis Çapata”:

Eroyco, yllustre, magno y generoso,  
extremo en gentileza y gallardía,  
dechado de la Hercúlea varonía  
y río de virtudes caudaloso...

Pero si don Luis alcanzó en las fiestas memorables del *Viaje felicísimo* la fama de justador con que había soñado; si, como en ninguna otra ocasión, pudo en aquélla cursar

*Juan Rodriguez, librero de Medina del campo a diez y ocho de Nouiembre. Año. M. D. xljx.*

El texto de esta Relación, que se conserva en la Biblioteca del Escorial, fué incluído íntegramente por don Cristóbal Pérez Pastor en su libro *La Imprenta en Medina del Campo* (Madrid, 1895), págs. 57 y siguientes.

1 *Libro y primera parte de los victoriosos hechos del muy valeroso cauallero don Alvaro de Baçan, señor de las villas del Viso y Sancta Cruz, Capitan general del mar Oceano. Dirigido al muy illustre señor don Luys Çapata, señor de las villas de Albuñol y Torbiscon, con sus partidos. Compuesto por Balthasar del Hierro. Año de M.D.LXI.*

De este rarísimo libro, impreso en Granada por René Rabut, tiene un ejemplar Mr. Archer M. Huntington, procedente de la librería del Marqués de Jerez de los Caballeros, de que es actual propietario.

En la misma obra de Baltasar del Hierro celebra el valor y magno esfuerzo de don Luis el ilustre poeta y organista de la Catedral de Granada Gregorio Silvestre:

Sy el peso y la Justicia de Trajano;  
de Cesar aquel pecho animoso  
y aquel animo grande y generoso;  
de Alexandre el valor y esfuerço mano,  
pudieran verse en vn subjecto humano,  
viniera quasi a ser defectuoso  
queriendo compararse al valeroso  
yllustre don Luys Çapata, en vano.

Su animo y valor y su grandeza  
muy conocidos son; quen toda parte  
la Fama lo diuulga y lo pregoná.

Su punto acabo en el naturaleza;  
Minerua lo esmero, restosse Marte,  
y vale a mamantar siempre Belona.

los ápices de la galantería y brillar, hermanando el rudo ejercicio de las armas con los refinamientos de la vida de Corte, según fué su deseo, sin embargo, entre aquel dichoso ir á las justas, desarmarse, ponerse galán para acudir á cenas y saraos, danzar gallardas y piedejibas, trasnochar con el Príncipe, cortejando á las damas desde el terrero en noches luminosas de Flandes, un noble anhelo, no logrado aún, torturaba su espíritu: faltábale conquistar los laureles de poeta, á que en vano aspiró toda la vida.

Para los caballeros italianos y los españoles completaban la cortesana educación, tanto el estudio de la historia y la literatura como saber metrificar y escribir correcta prosa, diferenciándose en esto de los franceses, que menospreciaban a los letrados, por creer que las letras estorbaban a las armas <sup>1</sup>.

Nuestro don Luis ambicionó cultivar la poesía, no como un primor o gentil pasatiempo, sino para avecindarse en el Parnaso y llegar a sus cumbres, siguiendo las huellas de quienes por su claro ingenio y bizarría mostrábanse a su admiración coronados por Marte y por Apolo.

Si los oficios de una buena amistad bastasen a adjudicar la fama, ya gozaría de ella don Luis, como poeta, al tiempo en que la alcanzaba de insuperable justador. El año de 1549 el capitán don Jerónimo de Urrea dió a la estampa, en Amberes, su traducción de *Orlando furioso*, y en una de las estrofas que se permitió añadir al último canto del poema,

---

1 Cf. *Los quatro libros del Cortesano... traduzidos en lengua castellana por Boscan*, cap. IX del lib. I. Calcado en este capítulo del *Cortesano* está el que Zapata escribió en la *Miscelánea*, bajo el siguiente epígrafe: "De cuán alto y noble ejercicio es el escribir."

nombra a don Luis con otros poetas españoles, dignos, según él dice, “de mucha e inmortal fama”<sup>1</sup>.

Urrea, según creo, alude concretamente en esa estrofa a una traducción del *Orlando* que escribía Zapata por entonces, y que acaso dejó sin concluir.

Para expresar Ludovico Ariosto, en el canto final, la satisfacción que le produce haber llegado con fortuna al término de su obra, emplea la alegoría de la nave próxima a arribar al puerto; finge ver en él amigos y parientes que salen a recibirle llenos de alegría, y uno a uno los va colmando de elogios al nombrarles.

Apropióse Urrea la alegoría de Ariosto, y entre los amigos de éste introduce los suyos:

Don Juan de Eredia viene muy gozoso,  
dando más luz al Celtiberio asiento,  
y don Luys Zapata, desseoso  
de ver el propio barco en saluamiento...

Ese “propio barco” que don Luis deseaba “ver en saluamiento”, según la expresión de Urrea, no pudo ser otro que la sospechada traducción de *Orlando*, de la cual habla también don Fernando de Acuña en la sátira violentísima que escribió contra Zapata<sup>2</sup>, donde las dulces lirás de Garcilaso se convierten en dardos agudos:

---

<sup>1</sup> En el “Aviso del avtor al letor”, donde Urrea dice las modificaciones que hizo en la obra de Ariosto al verterla al castellano, refiriéndose al Canto último del poema, pide que se le excuse “si por la affición de mi patria he usurpado demasiada licencia, en lugares uacios y ociosos entremetiendo la memoria de algunas personas della, famosas y dignas de mucha e inmortal fama.”

<sup>2</sup> Generalmente se ha creído hasta ahora que la canción de Acuña “A un buen caballero y mal poeta”, fué dirigida contra don Jerónimo de Urrea, por su traducción del *Orlando furioso*. Pero si en el volumen de *Varias poesías compuestas por don Hernando de Acuña*, edición póstuma de 1591, aparece la

De vuestra torpe lira  
ofende tanto el són, que en un momento  
mueve al discreto a ira  
y a descontentamiento,  
y vos sólo, señor, quedáis contento.

.....  
Por vuestra cruda mano,  
aquella triste traducción *furiosa*  
no tiene hueso sano,  
y vive sospechosa  
que aun vida le daréis más trabajosa.

No llegó a nosotros ninguna de las poesías que Zapata escribió por entonces.

La más antigua suya que conocemos se refiere al año 1552, cuando el príncipe regente don Felipe había vuelto de su viaje a Flandes y Alemania.

Hallábase la Corte en Valladolid, y aconteció que, entrando en la iglesia de San Pablo la joven Condesa de Lerma, hija del Santo Duque de Gandía, tropezó a la puerta de entrada en la rejilla, zarcera: destroncósele un chapín, y cayó. El mismo día, al parecer lluvioso, y en la misma reja, se le fueron los pies, desconcertándosele uno en la caída, al viejo cortesano y trovador Antonio de Soria<sup>1</sup>, el cual ape-

---

cación con aquella vaga dedicatoria, que permite echarse a adivinar sobre el sujeto a quien pueda referirse, en manuscritos del siglo XVI la encontramos claramente referida a don Luis Zapata.

El tomo de *Poesías varias*, Ms. 3909 de la Bibl. Nac., que es copia de otro "muy antiguo", según en él se dice, contiene la poesía con este rótulo: "Cancion de D. Hernando de Acuña a D. Luis Zapata, sobre la traduccion de Orlando." El cartapacio de Pedro de Penagos, que se comenzó "a 9 de Agosto Año de 1593" (Bibl. del Real Palacio, II-B-10, *Poesías varias*, vol. V, la tiene copiada dos veces: "Don Hernando de Acuña ha D. Luys Zapata" (fol. 157 v.), "Don Hernando de Acuña a D. Luis Zapata" (fol. 197).

1 Al comentar Herrera el soneto de Garcilaso "Si para refrenar este deseo", pone como ejemplo de hipérbole un verso de Antonio de Soria. (*Obras de Garcilasso de la Vega, con anotaciones de Fernando de Herrera*, Sevilla, 1580, pág. 133.) Zapata menciona al viejo trovador, así en el *Carlo famoso* (canto XXXVIII, estrofa 5.<sup>a</sup>), donde alaba su "arte y experiencia",



nas llegó malamente a su posada, olvidó un momento los crueles dolores para sacar de ellos motivo con que escribir esta ingeniosa copla a la Condesa:

Pues tantos haçeis caer,  
no es mucho que vos caygais,  
al menos, en conoçer  
lo que haçeis padeçer  
a los que vos derriuais.  
Mas agora caygo yo  
en que el más enamorado,  
quando más penas sintió,  
nunca su dolor llegó  
al dolor de un pie quebrado <sup>1</sup>.

Aunque doña Isabel de Borja estaba, desde tres años antes del suceso a que nos referimos, unida en matrimonio con don Francisco de Sandoval y Rojas, conde de Lerma, no ha de extrañarse que el viejo trovador pudiese pregonar, sin agravio para la Condesa, cuántos padecían por amor suyo en la Corte.

Andaba a la sazón muy en boga aquella sutil doctrina del “amor perfecto”, tan admirablemente expuesta por el conde Baltasar Castellón; misticismo amoroso que pasó de las escuelas a las costumbres del mundo elegante, y permitía, así al mozo como al viejo cortesano, galantear y servir, cual amantes rendidos, aun a las mujeres casadas, haciéndolas objeto de ese amor espiritual. Por ello, nada de particular tenía que doña Isabel de Borja, mujer de extra-

---

como en la *Miscelánea* (pág. 126), para recordar su composición satírica a “un conde de estos reinos”, que le dedicó “unas malas coplas”.

1 Bibl. del Palacio Real: Cartapacio de hacia 1590, rotulado “Poesías varias”; signat. II-F-2, fols. 83 d y sigs. Ramón Menéndez Pidal ha publicado recientemente una reseña de este manuscrito en el *Boletín de la Real Academia Española*.

ordinaria hermosura, según es fama<sup>1</sup>, y en todo el esplendor de la juventud, pues sólo contaba entonces veinte años, despertase muchas vocaciones a la galante servidumbre.

Ni desagradó a los que la procuraban verse aludidos por su competidor, en la primera parte de la copla; antes bien, se apresuraron a recoger la alusión, enojados con que en la segunda parte se doliese el poeta de la torcedura de su pie, considerando aquel tormento muy superior a las penas que sufrían los más enamorados.

¿Cómo consentir semejante blasfemia contra el amor ideal? Las musas cortesanas, vueltas pálidas Furias, acometieron al sacrílego; sus epigramas cayeron sobre el infeliz, espesos, como piedras a tablado.

Don Juan Coloma<sup>2</sup>, don Juan Pacheco, don Bernardino de Ayala<sup>3</sup>, don Pedro de Avila<sup>4</sup>, Garcilaso de la Vega<sup>5</sup>, don Alonso de Villarroel, don Luis Zapata y don

---

<sup>1</sup> Vid. *Hist. genealógica y heráldica de la Monarquía española...*, por F. Fernández de Béthencourt, tomo IV, pág. 123.

<sup>2</sup> Autor de la *Década de la Pasión de Cristo*. Mereció elogios de Cervantes en su *Galatea*, lib. VI.

<sup>3</sup> Si no fuese por don Luis Zapata desconoceríamos en absoluto

“al escritor más soberano  
de Lyricos, qu' es hoy don Bernardino  
de Ayala, y estos son en los qu' el buela,  
los que cantan al són de la uihuela”.

(*Carlo famoso*, canto XXXVIII, estrofa 7.<sup>a</sup>)

<sup>4</sup> Primogénito del Marqués de las Navas.

<sup>5</sup> Hijo del Príncipe de la lírica castellana. Don Jerónimo de Urrea hace memoria de él, entre otros poetas de aquel tiempo, en las estrofas que interpoló en el último Canto de su versión castellana de *Orlando furioso*:

“Garcilaso no menos presuroso  
viene, mostrando bien ser ornamento  
de la Vega y de Cúñiga...”

Rodrigo Jirón maltrataron a Soria en verso, dedicándole sendas composiciones poéticas que mandaron a doña Isabel con esta carta:

“Muy Illustre señora: Auiendo visto vna copla que a V. S. se enuió, algunos caballeros desta Corte, pareció la media postrera tan mal que no an podido dejar de contradecir al que la hiço y haçerle conoçer que los muchos años que tiene fueron causa que digese tan gran horror.

”V. S. favorezca nuestra opinión, pues está tan justa y tan en seruiçio de V. S. Illma.”

La copla de don Luis Zapata decía:

Cayendo, se alçaua Anteo  
muy más fuerte, y más me espanta  
el que, así cayendo, veo  
que más loco se leuanta;  
que, cierto, quien comparó  
su pie con nuestros pesares,  
al caer se le voluió  
el seso a los calcañares.

No se mordió la lengua Antonio de Soria con los maldicientes, ni quiso pecar por carta de menos, y escribió así a la Condesa, dándole traslado de las coplas en que replicaba a todos aquéllos juntos:

“Muy Illustre señora: Por ventura le parecerá á V. S. gran atreuimiento de vn hombre consumido en la flaqueça de sus últimos años quererse defender de tantos caualleros puestos en la flor de su jubentud; mas la verdad tiene mucha fuerça y un animo, aunque metido en vna casilla vieja, es malo de juzgar. Yo me defiendo, y no suplico a V. S. más de que mire mi defensa y sus ladridos; que su fabor para cosas más arduas le pienso pedir.”

Brava fué la acometida del trovador cortesano a sus censores. Les devolió con creces las injurias, después de negarles, con mucha gracia, que tuviesen personalidad poética para competir con él:

Este tiempo a suçedido  
lo que no fué en los pasados:  
con lo mucho que a llubido,  
trouadores an naçido  
que nunca fueron sembrados.  
¿Qué tales? Yo no lo sé;  
mas si mi dicho se toma,  
más milagros, juraré,  
a hecho el mal de mi pie  
que el çancarron de Mahoma... <sup>1</sup>

Entre esa mala hierba nacida con las lluvias a que Antonio de Soria se refiere hallamos las primicias del numen de Zapata.

Don Luis, ciertamente, no había sido sembrado para trovador. Aun así, joven y galán, bien le estaba escribir coplas en obsequio de una dama, o para hacer palacio; pero no se contentó con esto: su fantasía le arrastró a caminos peligrosos, mostrándole fácilmente accesibles las alturas épicas.

Aquellos días precisamente dióse a escribir un poema heroico, dedicado a cantar las empresas del emperador Carlos V, para lo cual había allegado copiosos materiales adquiriendo noticias de personas bien informadas, juntando relaciones, papeles, memoriales y libros pertinentes al asunto <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Bibl. del Palacio Real: Ms. II-F-2, loc. cit.

<sup>2</sup> "Todo el tiempo que seruí a V. M., excelso y poderosísimo señor, que fue veynte y vn años, siempre oy, y vi, con grande admiracion mia las cosas del Emperador nuestro señor don Carlos... Pues con esta afficion y

Mas la vida de Corte no le consentía dedicarse con asiduidad a escribir ese poema, en que fundó sus esperanzas de gloria, y hubo de conformarse a tomar por pasatiempo cosa que tanto le importaba, hasta que un vivir más sosegado le permitió tener por principal ejercicio el culto de la poesía <sup>1</sup>.

Esto ocurrió poco más tarde, a fines de 1556, cuando don Luis, cumplidos treinta años, edad a que solían casarse los varones <sup>2</sup>, obtuvo Real licencia para contraer matrimonio con su prima hermana doña Leonor Portocarrero, hija de los Condes de Medellín <sup>3</sup>, y dejó

inclinación que digo, de mas de las cosas que oya, siempre procuré de diferentes personas de informarme, y assi por solo mi gusto mientras en el seruicio de V. M. anduue, junté y allegué muchas relaciones, muchos papeles y memoriales, y muchos libros, que qual vn poco, y qual otro poco, tratauan de todo lo que yo desseaua. Y assi despues que necessidad de seruicio de tantos años, me puso forçosamente en mi casa, y mudé el agradable trabajo, en vn trabajoso descanso, lo que antes tenia por passatiempo, tomé por principal exercicio... Hize en muchos dias y en muchos años... este mi libro, que por no le quitar su nombre propio, le llamo Carlo y famoso". (Dedicatoria del *Carlo famoso* a Felipe II, fechada en Madrid a 1.º de febrero de 1565.)

Don Luis tardó trece años en componer el poema (Vid. adelante, pág. 54, nota 1), y, según se ve por la dedicatoria, estaba terminado en febrero de 1565; luego lo empezó á escribir en 1552.

1 Véase la nota anterior.

2 Cabrera de Córdoba, en su *Filipe segundo Rey de España*, tomo I, al ocuparse de "El estado que tenia el mundo y la monarquía de España cuando entró en ella don Felipe II", manifiesta que la costumbre de entonces "no admitia los casamientos antes de la edad de treinta años y más, y las mugeres de veinticinco".

3 Cf. López de Haro, *Nobiliario*, I, 302. En el Arch. Hist. Nac., *Registros de Santiago*, vol. 50 c., fol. 18 v., consta el siguiente registro:

"El Rey:

"Por quanto segun establecimiento de la orden de Santiago cuya admynystracion perpetua yo tengo por autoridad appostolica, los Comendadores y caualleros dela dicha orden no se pueden casar syn my licencia o del maestre so cyerta pena, y don Luys Çapata cauallero de la dicha orden me hizo rrelazion que su proposito y voluntad es de se casar si a my pluguiese darle licencia para ello, suplicandome se la mandase conceder o como la mi merced fuere, e

el servicio del Príncipe, en que se había empleado desde la niñez <sup>1</sup>.

Volvió don Luis entonces al regazo de su villa natal, la villa extremeña linajuda, cuyo recuerdo evoca en todos sus escritos; aquella que nos hace entrever un día, a la puesta del sol, en el confín lejano de llanuras que verdeguean a trechos con florestas regadas por limpios manantiales, los nobles edificios agrupados al pie de la sierra de San Cristóbal, surgiendo sus azoteas y sus torres en un ambiente perfumado de azahar <sup>2</sup>.

Allí envejecía, abandonado y frío, el caserón de los Zapatas, aguardando la hora en que el amor reanimase su hogar muerto, cuando el sol y la alegría inundaron la hi-

---

yo con acuerdo de los del my qonsejo de las ordenes tovelo por bien y mandé dar sobrello la presente por la qual, como tal admynstrador, doy licencia y facultad al dicho don Luys Capata para que se pueda casar con quien quisiere e por bien touiere sin que por ello cayga ny yncorra en pena ny disouidencia alguna (sic). Fecha en Valladolid a veynte y siete dias del mes de março de mill e quinientos y cinquenta y seys años. La princesa. Por mandado de su magestad su al<sup>a</sup>. en su nombre. Juan Bazquez."

1 El autor del *Carlo famoso*, en la dedicatoria del poema a Felipe II, declara que, después de haber servido a éste veintiún años, se retiró a su casa, y como entró de paje en la del Emperador cuando el príncipe don Felipe tenía ocho años, o sea en 1535, resulta que abandonó la Corte en los últimos meses de 1556.

Muy poco después hubo de casarse; porque doña Leonor, su mujer, murió el 3 de enero de 1558 y en la *Miscelánea*, pág. 91, dice don Luis: "Murió mi madre... de mi parto, y no duró más que un año casada, y doña Leonor Puertocarrero, su sobrina, madre de mi hijo don Francisco, murió también de parto, sin llegar aun al mismo año."

2 *Carlo famoso*, canto XXVIII, fol. 155 r.

En el *Libro de Cetreria*, manuscrito 7844 de la Biblioteca Nacional, "Tabla de nombres propios de personas, tierras, ciudades", etc., fols. 355 y 355 v., elogia Zapata a Llerena de este modo: "lugar noblicissimo, cabeça de la provincia de Leon en Estremadura, situado a las rraizes de Sierra Morena, felice de sitio, fertil de suelo, sano de cielo sobervia de cassas, agradable de calles, abundante de hermosas, lleno de caualleros y de letrados, y de tan raros ingenios que apenas necio podrá hallarse vno".

dalga clausura, como precursores de la mujer hermosa entre las hermosas, honesta, sabia, sencilla, por quien Llerena alcanzaría fama en el mundo, según vaticinios del mayorazgo poeta, que así cantaba las cualidades de su prometida entre las gestas del Emperador <sup>1</sup>.

No es la única vez que la memoria de doña Leonor Portocarrero suspende el curso de esos anales rimados, como si la inspiración del poeta, en su vuelo fatigoso a ras de la historia, plegase las alas para descansar en el vergel de los íntimos amores.

Don Luis se casó muy enamorado: el cariño de su esposa y las alucinaciones de la fama bastábanle para ser dichoso en su retiro. Pero bien pronto la desgracia vino a amargar su dicha. Cuando se hallaba en el colmo de ella con tener el primer hijo, el deseado heredero, murió la madre al dar a luz, no cumplido todavía el año de matrimonio <sup>2</sup>.

Cuánto desgarró el alma del poeta la muerte de la mujer que fué “vida de su vida”, “dulce y clara lumbre de sus ojos”, él acertó a decírnoslo, a pesar de haber encerrado las expansiones del dolor en tartajosos versos.

Escribía don Luis entonces el Canto XI de su poema, y suspendió la escritura en las estrofas donde las huellas de su llanto permanecen como registro doloroso <sup>3</sup>.

Con el alma entenebrecida, insensible a los halagos del vivir, desmayado en la agonía del sufrimiento, quiso abandonar definitivamente la obra poética, renunciar para siempre a los sueños de gloria... ¡Imposible! Aquellas ilusiones,

---

1 *Carlo famoso*, canto IX, fol. 41 v.

2 Vid. arriba, nota 1 de la pág. 44.

3 *Carlo famoso*, canto XI, fol. 55.

lejos de amortiguarse, tomaron cuerpo en el fantasma de la mujer querida.

Lloroso, suspirando, estaba cierto día el poeta, y vió la imagen de aquella mujer, que le miraba dulcemente y esparcía resplandores en el aposento, a la vez que lo llenaba de celestial aroma.

Absorto quedóse contemplando a doña Leonor, mientras ella le consolaba de su muerte con cristianas razones, y le reconvinó porque “defraudaba al linaje humano del talento que Dios dado le había” con dejar sin concluir “un tan claro e ilustre monumento” como el *Carlo famoso*.

Entre alegría y lágrimas la escuchó el poeta, y al tiempo en que quiso arrojarle a sus pies para besarlos, desvaneciése la visión como una llama que se funde en la luz del día, y don Luis cayó desplomado de dolor <sup>1</sup>.

El demonio de la vanidad había vuelto a tentarle, poniendo en sus manos aquella “torpe lira” objeto de la indignación de Acuña. Y prosiguió el poema:

Vete con Dios, y en paz, alma hermosa,  
dexando al triste estar con los contentos;  
y si para llorar mi propia cosa  
pueden algo mis uersos y lamentos,  
siempr' el mundo tendrá piedad llorosa  
de qu' este año de mil y de quinientos  
y de cinquenta y ocho, a tres de Henero,  
perdí a doña Leonor Puertocarrero.

Mas por hazer en todo tu mandado  
(sin que me sean las lagrymas escusas),  
boluer quiero al proposito olvidado,  
aunqu' en mi vea las cosas muy confusas;  
mas tú, más que las Nymphas, que he inuocado,  
hermosa, y tú, más sabia que las Musas,  
torna añudar (te inuoco) el roto hilo  
de nuestro fiudo roto, de mi estylo.

---

1 *Carlo famoso*, canto XII, fols. 55 y 55 v.



Al llegar el inmediato 3 de enero de 1559 concluía don Luis el Canto XIV. La estrofa última de ese Canto y las primeras del siguiente fueron consagradas por el poeta a llorar, en el triste aniversario, "el fin de sus amores". Pero ya la retórica se sobrepone al sentimiento en las estrofas elegíacas, como de césped y de flores vuelve a cubrirse la tierra removida de las sepulturas.

No se extingue, sin embargo, en el corazón de don Luis el recuerdo de la mujer amada. Ese recuerdo surge otra vez en el Canto XXII del poema, cuando, para narrar los grandes hechos de Pavía, busca el poeta inspiraciones de lo alto y acude al alma pura de doña Leonor, que, en la noche de su duelo, aparece a sus ojos transformada en estrella, radiante de gloria, ante el trono del Altísimo<sup>1</sup>.

Después, muy pronto, amanece de nuevo para don Luis y la estrella se eclipsa para siempre.

Olvidado de sus nocturnas imaginaciones, volvió a entregarse a la alegría del vivir. Sevilla le fascinó con sus encantos. Para don Luis,

Sevilla es el lugar mejor del mundo.  
Sitio, comarca, tierra, ríos y fuentes,  
templos, calles y casas, ayre y cielo,  
puerto, salidas, tratos diferentes,  
llanura y grosedad de fértil suelo;  
copia de quantas cosas excelentes  
hay para el uicio humano, o su consuelo,  
en los hombres ualor, lustre y haueres,  
bondad y hermosura en las mugeres<sup>1</sup>.

Heredada de sus abuelos, poseía en la metrópoli andaluza la tercera parte de la almona o estanco de hacer jabón

1 *Carlo famoso*, canto XXII, fols. 119 y 119 v.

2 *Ibid.*, canto XXVIII, fol. 156.

en Sevilla y su tierra, que anualmente le rentaba más de 6.000 ducados<sup>1</sup>. Esto, y las muchas alusiones a Sevilla que contienen los libros de Zapata, nos hace suponer que visitó con frecuencia “el lugar mejor del mundo”, y que en él tenía casa donde vivir, no ya sólo conforme a su estado, sino con la holgura y la franqueza propias de su carácter y causa de su ruina, como veremos en el curso de la semblanza.

De Llerena salió esta vez para Sevilla con el primogénito del Marqués de Falces, sin más propósito que el de solazarse en la tentadora ciudad—él mismo nos lo asegura en el *Libro de Cetrería*<sup>2</sup>—, y llevó consigo la necesaria

<sup>1</sup> Cf. *Miscelánea*, pág. 293. El Concejo y regidores de la ciudad de Cádiz se querellaron al Rey, en el año de 1514, de la merced concedida al Lic. Zapata, abuelo de don Luis, para que pudiese fabricar y vender jabón en dicha ciudad. (*Arch. General de Simancas. Catálogo I. Diversos de Castilla... Redactado por D. Julián Paz, jefe de aquel establecimiento*. Madrid, 1904, pág. 126, núm. 866.)

<sup>2</sup> Cf. *Libro de Cetrería de Don Luys Çapata, señor de las villas y lugares del Çebel*, manuscrito número 7844 de la Biblioteca Nacional, fols. 181 a 184 del texto, y fols. 341 y 341 v., 348 v., 356 y 361 de la “Tabla copiosísima” de nombres propios de personas, tierras, lugares, etc.

Aunque en el relato episódico no expresa Zapata cuándo ocurrió el caso que refiere, nos pone en camino de averiguarlo. Salió de Llerena para Sevilla con el hijo de don Gastón de Peralta, marqués de Falces, tiempo después de haber ejercido éste el cargo de Gobernador de la provincia de León en la Orden de Santiago, provincia que tuvo por capital a Llerena:

“...y el buen hijo mayor del Marqués bueno  
de Falces, del terreno de Navarra,  
que para ver la barra a Andalucía  
de Llerena, en que auia su padre estado,  
como desocupado auia salido  
y conmigo venido hauia a Sevilla.”

Don Gastón de Peralta era Gobernador de la provincia de León en Agosto de 1557 (*Arch. Hist. Nac.: O. de Santiago.—Registros*, vol. 50 c., fol. 151), y a 22 de noviembre del año aquél consta que había dejado ya de serlo. (*Ibid.*, fol. 89 v.)

Se casó Zapata en segundas nupcias con doña Leonor de Ribera por los

servidumbre, de la cual no faltaba el cocinero, expertísimo como un Ruberto de Nola, a juzgar por las trazas.

Cierto día, mientras que en los tremedales y lagunas de Los Palacios, a cinco leguas de Sevilla, garceaban los cazadores de don Luis, paseábase éste a caballo por la dehesa de Tablada, en compañía de otros sus amigos. Eran ellos el señor de la Algaba, don Francisco de Guzmán, y su cuñado Perafán de Ribera, señor de la Torre; el conde de Castellar, don Juan Saavedra; don Antonio de Peralta, hijo del Marqués de Falces; el conde de Gelves, don Alvaro de Portugal, con sus hermanos don Jorge y don Diego, y su cuñado don Diego de Córdoba; el canónigo Monzón, “humano y de-buen són”, como Zapata dice, y el caballero Pedro de Pineda, escribano mayor de la ciudad, que más tarde vistió el hábito de Calatrava, y a la vejez anduvo en las cárceles de la Orden por causa de vivir amancebado<sup>1</sup>.

Pero entre los de la cabalgata, el Conde de Gelves era, sin duda, con quien don Luis tenía estrecha amistad; pues al nombrar a todos, sólo distingue a aquél, llamándole muy caro amigo:

---

años de 1562-63, y nos dice en su relato que aún no había contraído entonces con Perafán de Ribera parentesco de afinidad:

“...allí estaua  
el Marques del Algava, vn muy honrrado  
señor, y su cuñado (que mio avn no era)  
Perafan de Ribera...”

En vista de los datos anteriores, acaeció el hecho contado por Zapata, después de la muerte de su primera mujer, 3 de enero de 1558, y antes de que el segundo matrimonio se realizase.

1 Arch. Hist. Nac.—*Orden de Calatrava*.—*Pruebas*.—Caj. 1, núm. 166, leg. 5, núm. 2039, y *Despachos de Santiago, Calatrava y Alcántara*, años 1575-1581, vol. 200 c., fol. 153 v.

“...el buen Conde de Gelues, mi muy charo amigo, estraño y raro por su espada.”

Y se comprende bien la reciprocidad de la simpatía y del afecto, así porque uno y otro se habían criado a servicio del príncipe don Felipe, y juntos viajaron por Flandes y Alemania, acompañándole en 1548, como porque semejaban estar cortados por el mismo patrón en ser manirroto y desafortunados, espadachines singulares y medianos poetas<sup>1</sup>.

La cuadrilla fué, en plática sabrosa, alejándose de la ciudad sin advertirlo; alejándose tanto, que aportó a Guadaira.

Apuntó allí uno en broma la idea de que, a tal andar, pronto llegarían a Los Palacios. Otro miró por donde iba el sol en su carrera y juzgó que les sobraba día, si quisiesen llegar a ver los famosos halcones de don Luis, sobre todo aquel extraño sacre que volaba garzas, remontándose como neblí en busca de la presa. Alguien dijo entonces: “¿Vamos...?” Y dicho y hecho. Un “¡Vamos!” general hizo patente la conformidad del coro, que, previniéndose para la jornada, por voto unánime también, impuso durante ella al dueño de los halcones el tributo del yantar.

No rehusó la gabela don Luis, aunque opuso alguna dificultad agradable: en Los Palacios no tenía más gente que cazadores, y era preciso que se le dejase enviar a Sevilla por su cocinero.

Así se dispuso, y aprovecharon el recaudista los casados para dar aviso a sus mujeres de tan repentina ausencia, de aquel viaje que momentos después emprendieron todos entre

---

<sup>1</sup> En lo tocante al Conde de Gelves, vid. la preciosa conferencia *El divino Herrera y la Condesa de Gelves*, leída en el Ateneo de Madrid el día 1.º de junio de 1911 por su ilustre autor, don Francisco Rodríguez Marín.

algazara y risas, ataviados para andar de rúa más que de camino: “con gualdrapas, sin botas y con capas”.

Cuatro días estuvieron holgándose en Los Palacios. De cómo fueron agasajados allí queda memoria por la erudita vanidad del huésped, el cual recuerda a este propósito nada menos que festines improvisados por Lúculo para obsequiar a sus amigos.

Por el tiempo de que hablamos andaría Zapata en pretensiones amorosas con doña Leonor de Ribera, dama principal de los Ribera de Sevilla. Fundo mi conjetura en que a 27 de abril de 1562 obtuvo Real licencia para casarse por segunda vez<sup>1</sup>, como lo hizo con dicha doña Leonor, hermana o prima, que no he logrado fijar el parentesco, de Perafán de Ribera, señor de la Torre<sup>2</sup>.

Transcurridos, pues, cinco años desde la llorada muerte de doña Leonor Portocarrero, aparece doña Leonor, la segunda, continuando la serie de Leonores reinantes en el corazón de don Luis.

---

1 Arch. Hist. Nac., *Registros de la Orden de Santiago*, vol. 51 c., fol. 289 v.

2 Vid. arriba, al fin de la nota 2 de la pág. 48, y adelante, pág. 65.

Don Pascual de Gayangos, en la biografía del autor de la *Miscelánea (Memorial histórico, t. XI, pág. VII)*, afirma que “casó don Luis en segundas nupcias con una dama portuguesa, hija de los Condes de Tentugal, emparentados con la ilustre casa de los Braganzas, aunque no consta que tuviese en ella sucesión”. Proviene este error, sin duda, de que Zapata llama cuñado suyo a un Conde de Tentugal, que no pudo ser otro sino don Nuño Alvarez Pereira (Cf. *Miscelánea*, pág. 226). Gayangos, sin atender a que la palabra cuñado significa parentesco por afinidad, en cualquier grado que sea, dió por seguro el enlace matrimonial de don Luis con una hermana del Conde, siendo así que don Nuño Alvarez Pereira se casó, hacia 1586, con una hija de los Condes de Altamira, doña Mariana de Castro, nieta de los Condes de Lemos, entre los cuales contaba ascendientes suyos doña Leonor Portocarrero, primera mujer de don Luis Zapata; razón ésta, entre otras, por la que don Luis pudo llamar cuñado al Conde de Tentugal.

¡Quién dijera que aquel dolor desbordado por las páginas del *Carlo famoso* daría en ellas lugar a epitalámicos regocijos del propio autor de la elegía!

No olvidadas aún las dolientes estrofas, viene a avivar en nosotros su recuerdo el relato de la muerte de la Emperatriz, muerte que ocurre en circunstancias semejantes a la de doña Leonor, y cuando volvemos a lastimarnos del poeta en su viudez y esperamos que éste, fiel a sus amores, ha de encontrar motivo para elevar de nuevo el pensamiento a la mujer amada, nos sorprende con la noticia de que a la hora aquella come el pan de la boda y no está su ánimo dispuesto a compungirse:

Porque siendo yo aqui rezien casado,  
quando a tratar de aquesto estoy uiniendo,  
de todo llanto público, o priuado,  
tratar me lo defiende el bien que entiendo:  
y no está el instrumento aora templado  
al tono qu' este caso está pidiendo,  
porque, segun la causa que me guia,  
todo en mí es regocijo y alegría <sup>1</sup>.

Poco le duraron estas venturas. Como si, perdido el norte de la estrella que brilló en el cielo de sus dulces memorias, se hubiese don Luis extraviado en los caminos de la vida, fué desde entonces recorriendo los de su desgracia.

Dos años después, por junio de 1564, hallábase en Madrid el Mayorazgo de Llerena, cuando Alonso Sánchez de Guzmán, por mandamiento del Procurador general de la Orden de Santiago, se presentó a notificarle un auto de visita, en que los visitadores de la provincia de León le pedían cuentas sobre el sostenimiento de cierta obra pía a que es-

---

1 *Carlo famoso*, canto XLIII, fol. 232 v.

taba obligado por disposiciones testamentarias de su abuelo y de su padre <sup>1</sup>.

Como mayorazgo de los Zapatas, debía don Luis poner en el Hospital de *Sancti Spiritus*, de Llerena, cuatro camas con ropa para pobres transeúntes, y dar anualmente 50 fanegas de trigo con que atender a la manutención de ellos, compra de medicinas, aves y demás cosas de que hubieren menester en caso de enfermedad, y 500 maravedís de salario a una mujer encargada del servicio.

Tenía pendiente su deuda desde el año 1557, y ni la pagó en esta ocasión, a pesar del requerimiento, ni once años más tarde la había pagado aún, según consta por actas de la visita que volvió a girar la Orden en 1575, actas donde aparece además que don Luis, muy lejos de atender a sus obligaciones, contrajo deudas cuantiosas con un Sancho Perero, vecino de Cáceres, y otros, que percibían, a título de acreedores, los frutos y rentas del pingüe mayorazgo, excepto el producto de la casa principal de Llerena, arrendada entonces al Santo Oficio de la Inquisición <sup>2</sup>.

Esas trampas de don Luis dicen mucho en razón al desorden de su vida; aquel vivir sin la honestidad ni la decencia convenientes a un caballero del hábito de Santiago, de que se le acusó después; aquella desproporcionada magnificencia de que le hemos visto hacer alarde con sus camaradas de Sevilla, y a que tan dados eran los españoles, como dice fray Francisco de Osuna en su *Abecedario espiritual*, “em-

---

<sup>1</sup> Arch. Hist. Nac.: *Orden militar de Santiago*, 1012 c., *Libro de visitas de la provincia de León, años de 1574 a 1575*, tomo I, fols. 76 a 80.

<sup>2</sup> *Ibid.*

peñan sus haciendas y deshazen sus baxillas y estan adeudados porque se guarde la honra”.

Achaque es de poetas vivir lejos de la realidad en el mundo de la fantasía, y por ello, mientras se arruinaba don Luis y padecía quebranto su fama, preocupábase tan sólo de alcanzar renombre imperecedero de poeta, tenazmente consagrado a levantar el edificio de su gloria con el *Carlo famoso*, sin importársele un carlín que las gentes le royeran los zancajos, ni que Sancho Perero y consortes le administrasen el caudal y se alzasen con las rentas.

Al cabo de trece años mortales de labrar octavas rimas, cerca de tres mil en junto, a fines de 1564 terminó la obra<sup>1</sup> donde yace aprisionado su genio poético, fortaleza inaccesible para el que no se sienta con ánimos de escalar, uno a uno, los sillares macizos de sus estrofas documentales, entre cuyas junturas crecen a trechos las flores del amor y de la poesía.

En el escrutinio del Cura y el Barbero en la librería de don Quijote, figura el poema de don Luis Zapata con los

---

1 “Procuré de ymitar con el *Carlo famoso*, que hize en 13 años, a las Eneydas de Virgilio.” (*Libro de Cetreria*, manuscrito núm. 7844 de la Biblioteca Nacional, prólogo, al fin.)

En la primera estrofa del Canto L y último del *Carlo famoso*, dice:

Quanta es, Rey excelso, mi alegría  
de que me veo y, al fin de la jornada,  
que de nunca volver temor tenia,  
o morir sin la uer assi acabada:  
De solo no os seruir pesar sentia  
(dexando assí la tela començada)  
gracias a Dios, que truxo al peregrino  
al cabo de trece años de camino.

Están fechadas, la dedicatoria del poema, en Madrid a 1.º de febrero de 1565, y la censura de fray Juan de Robles a 8 de marzo. Creo, pues, que Zapata concluyó su obra en los últimos meses del año anterior.



libros que, a última hora, “se cree que fueron al fuego sin ser vistos ni oídos”, pues no puede ser otro, según todos los comentaristas, el de “los hechos del Emperador” a que se refiere Cervantes, y del cual dice que acaso, si lo viera el Cura, no pasara por tan rigurosa sentencia.

Desde entonces acá muchos expurgadores siguen condenándolo a las llamas, sin darse la pena de leerlo, y pecan de injustos, ciertamente; porque no diré que el *Carlo famoso* sea una pieza de poesía admirable, ni menos aún dechado de versificación fluída y correcta; pero algo hay en él que le hace acreedor al benévolo juicio del Príncipe de los Ingenios.

Si su mayor mérito consiste en ser, cronológicamente considerado, uno de los primeros poemas con asunto de la gran época histórica que tuvo por protagonista a Carlos V, su defecto capital nace de querer Zapata aparecer, ante todo y sobre todo, como historiador puntual de los hechos y viajes del César desde que vino por segunda vez de Flandes a España, en 1522, hasta su muerte, en 1558. “Protesto —dice a Felipe II, dedicándole el poema—, en lo que toca a los casos y jornadas del Emperador nuestro señor, en tratarse con toda verdad, que a ningún historiador en prosa daré la ventaja.”

Tan al extremo lleva este mal propósito, que juzga necesario disculparse de haber mezclado con la verdad de la crónica “muchos cuentos fabulosos y muchas fábulas, por deleytar y cumplir con la Poesía”, según costumbre autorizada en poetas de la antigüedad, como Homero, Virgilio y Lucano. Y el respeto escrupuloso a la materia histórica todavía le mueve a señalar con asteriscos la parte puramente imaginativa que intercala en el relato. Después de uno de

esos episodios novelescos escribe preocupado, más que con la unidad del conjunto y la metrificacón, con ser fidelísimo cronista:

Buelbo al Emperador, de cuya Idea  
vna sylaba sola no es quitada,  
y siempre la uerdad por la espesura  
de tanta poesía passa segura <sup>1</sup>.

Así, pierde en valor literario la obra cuanto se acrecienta su valor histórico, que es, ciertamente, mucho, no sólo por lo que atañe a los hechos de Carlos V, cronológicamente narrados, sino por la multitud de noticias que contiene, ora de costumbres y prácticas, tan curiosa alguna, como la confesión entre legos <sup>2</sup>; ya de interesantes tradiciones, verbigracia, la del casual descubrimiento del Nuevo Mundo antes de Colón <sup>3</sup>, recogida también por Fernández de Oviedo en su *Historia general y natural de las Indias*; de seculares leyendas, como la de la Torre de Hércules, de la Coruña, que nos ofrece en una versión desconocida muy hermosa <sup>4</sup>; de gloriosos capitanes, damas y caballeros de la Corte, así como de escritores y poetas contemporáneos, a quienes loa, imitando con ello a Ludovico Ariosto.

Se ha dicho, pues, con razón, que el *Carlo famoso* es una crónica rimada, más bien que un poema. Pero no es exclusivo de Zapata ese defecto: de él adolecen todos los poemas análogos escritos por entonces, desde *La Carolea*, de Jerónimo Sempere, hasta *La Austriada*, de Juan Rufo, sin ex-

---

<sup>1</sup> Canto XLVIII, fol. 267.

<sup>2</sup> *Ibid.* I, fol. 2.

<sup>3</sup> *Ibid.* XI, fol. 53.

<sup>4</sup> *Ibid.* IV, fols. 17 y sigts.

ceptuar siquiera *La Araucana*, de Ercilla, con ser este poeta incomparablemente superior a los otros.

Ercilla, como Sempere y Zapata, se precia de su histórica exactitud, y asimismo busca el modo de romper la monotonía del relato con amenas ficciones que a trechos lo interrumpen, sin fundirse la fábula con la verdad, sin que los elementos históricos y los poéticos, compenetrados entre sí, vayan a realizar el plan artístico de la epopeya.

Esos poetas, actores o testigos de extraordinarios sucesos, de empresas y de hazañas que levantaron al pueblo español a la cima de su poder; esos poetas, deslumbrados por tanta grandeza, sólo acertaban a rendir culto a la verdad histórica, temerosos de profanarla al contacto de vanas fantasías. Con ser historiadores creyeron tener bastante para ser poetas épicos.

He aquí por qué don Luis Zapata, aun atenido a la tarea de rimar documentos y memorias, pretendió nada menos que imitar la *Eneida*, de Virgilio<sup>1</sup>, figurándose que para realizar el propósito le bastaba tener en el gran Carlos su Eneas, fundador de un vasto imperio, y aprovechar o procurar ciertas episódicas analogías con la epopeya virgiliana.

El primer Canto, sobre todo, muestra bien claramente ser un remedo del poema latino:

Los hechos, las empresas, las hazañas,  
el valor y el poder de Carlo canto...

Aquella tempestad que sorprende y desbarata los navíos del Emperador, al venir éste de Flandes, quiere recordar a la que Juno desencadena sobre la flota de los teucros. Carlos,

---

1 Vid. la nota de la pág. 54.

de igual modo que Eneas, levanta la mirada al Cielo, gime y exclama:

O dichosos aquellos que amparando  
los suyos, y sus reinos acabaron,  
y que su propia sangre (peleando)  
por su ley o su patria derramaron...

Si el Príncipe troyano arribó a las costas líbicas, la armada imperial se refugia en desierta playa de Inglaterra, y Carlos, como aquél, sube a un peñasco por ver si descubre en el mar las naves y la gente que le faltan. Corre después tras de un ciervo, por no dejar de parecerse en todo a Eneas, y topa, si no con Venus en apariencia de joven cazadora, con un ermitaño que, en vez de ella, le predice el porvenir.

Esta servil imitación se repite siempre que el relato da el más leve motivo para ello, y es tan leve en ocasiones el aprovechado por Zapata, que resulta cómica por el contraste, a veces, la adaptación al modelo clásico. Así ocurre en el pasaje del poema donde se narra la muerte del infortunado Jofre a manos de los Comuneros de Burgos <sup>1</sup>.

Aquel truchimán francés, tan odiado por los burgaleses, reemplaza en el *Carlo famoso* a Laoconte, sin que sospechemos en qué podría parecerse Jofre de Cotannes al sacerdote de Neptuno, salvo por su consagración al culto del dios Baco; que el tal Jofre era un borrachín empedernido, según dice el doctor Villalobos en su correspondencia epistolar. Pues el advenedizo aposentador del César se nos aparece allí hablando al pueblo de manera parecida que Laoconte a los troyanos; como éste contra el caballo de madera gigantesco, arroja su lanza al monstruo de la Comunidad, enorme serpiente de cien cabezas, que se mantiene de ju-

1 Canto V, fols. 25 y 25 v.

ros, censos, portazgos y alcabalas. Muere Laoconte ahogado por las serpientes, junto al templo de Neptuno, y la sierpe comunera cae sobre su víctima en la iglesia, próxima a la ciudad, donde Jofre se había refugiado.

Pero esto es la excepción; generalmente, cuando don Luis imita a Virgilio y otros poetas de la antigüedad, de que también hay reminiscencias en el *Carlo famoso*, o cuando agrega a la verdad de la crónica originales fábulas e imaginaciones, “por deleytar y cumplir con la Poesía”, da muestras de elevada inspiración, que desmaya y cae en insopor- table prosaísmo siempre que el poeta renuncia a sus fueros y toma oficio de cronista voluntariamente. Porque don Luis, aunque pésimo versificador, era poeta en el más amplio sentido de la palabra. Tuvo imaginación creadora, que se trans- parenta con diafanidad algunas veces, aun a través de lo intrincado, premioso y duro de la versificación; por ejem- plo, en el cuadro de la cacería que dispone el Rey de Ingla- terra para obsequiar al joven heredero de la Corona imperial de Alemania <sup>1</sup>, en la leyenda de las Sorlingas <sup>2</sup>, en la des- cripción de la justa que el Conde de Altamira mantiene en Bolonia ante el Papa y Carlos V <sup>3</sup>, o en la guerra de los ratones y los gatos <sup>4</sup>, festiva digresión introducida con arte en el asunto principal, y primer ensayo de poema épico burlesco en lengua castellana <sup>5</sup>, después de la batalla de don Carnal y doña Cuaresma, del Arcipreste de Hita.

1 Canto VII, fols. 33 y sigts.

2 *Ibid.* IX, fols. 42 y sigts.

3 *Ibid.* XXXIII, fol. 179 v. y sigts.

4 *Ibid.* XXIII, fols. 124 v. y sigts.

5 La perdida *Asneida*, de Cosme de Aldana, presumo que fué escrita algo después que la “Guerra de los ratones y los gatos”.

Para componer este poemita inspiróse don Luis en la *Batracomiomaquia*,

Satisfecho don Luis de su obra, se la dedicó a Felipe II, y aunque nada sobrado de moneda, gastóse en la impresión del *Carlo famoso* 400.000 maravedís<sup>1</sup>, a que tenían derecho preferente, sin duda, los pobres del Hospital de *Sancti Spiritus* de Llerena. Pero no vaciló en defraudarles, con tal de no defraudar al linaje humano de los frutos de su talento, valiéndonos de la expresión suya puesta en labios del fantasma de doña Leonor, que le animaba a proseguir el poema interrumpido.

Ni el Rey ni “el humano linaje” respondieron a las esperanzas de don Luis.

Cuando en 1566 apareció el *Carlo famoso*, no fué objeto de la admiración universal que su autor esperaba, aunque tampoco fué recibido con la frialdad e indiferencia que suponen algunos. Se le discutió apasionadamente, según nos lo da a entender cierta epístola en verso que fray Tomás Quijada escribió por entonces<sup>2</sup>; siete años después de su publicación teníanle aún por agradable tema de conversación

---

que hubo de conocer por traducciones, pues griego no lo sabía (*Miscelánea*, pág. 340). Conserva de su modelo algún pormenor, como tener los ratones por armas agujas y por celadas cáscaras de nuez.

Tuvo éxito, sin duda, el feliz ensayo de Zapata, pues aparece copiado, con otras piezas selectas, en cartapacios del siglo XVI. Véase, por ejemplo, el de Garci Ruiz de Castro, manuscrito número 17681 de la Biblioteca Nacional.

1 *Miscelánea*, pág. 304.

2 También reprueban a *Carlo famoso*  
(el cual yo a pie y a caballo lo defiendo)  
por ladron de escripturas y enfadoso  
en las cosas que anda proponiendo.  
Dizen que el verso es corto y escabroso...

(*El Pelegrino curioso y grandezas de España, por Bartholomé de Villalba y Estaña...* Tomo I, pág. 33 de la edic. de la Sociedad de Bibliófilos españoles.—Madrid, 1886.)

literaria entre los cortesanos, como lo atestigua el catedrático de Retórica de la Universidad de Valencia, Lorenzo Palmireno<sup>1</sup>, que no le regatea los elogios, y Alonso La Sierra, en el *Solitario poeta*, consideró a Zapata como un modelo digno de ser imitado<sup>2</sup>.

El licenciado Porreño nos dice que Felipe II era poco afecto a poetas y a hombres que no vestían calza justa, porque siempre fué amigo de lo grave y honesto, y enemigo de la fábula y de la mentira<sup>3</sup>. Si esto se ha de creer, en ambas cosas procuró serle grato don Luis, pues ya sabemos cómo su devoción cortesana le puso en calzas prietas, hasta el punto de tenérselas que descoser cada noche para desnudarse, y cómo a decir verdad en octava rima nadie le ganó la palma.

Aun así, ignoramos cuál fuese la opinión del Rey sobre el *Carlo famoso*; pero es cosa averiguada que el homenaje de su autor a Felipe II, y “tantos trabajos, tantos pensamientos, tantas imaginaciones, tantos días y noches, tantos años empleados en perpetuo cuidado de acertar a agradarle”, pararon en que, fresca todavía la tinta con que Juan Mey estampó esas palabras de la dedicatoria, Zapata fué a la cárcel por orden de Su Majestad.

---

1 Entre otras pláticas de sobremesa de Palmireno sugiere “a los estudiosos preocupados solo de saber”, para que puedan agradar en la Corte, se halla la siguiente: “Cómo también, si atentamente lees, le faltaron las fuerzas y Musas en algunas coplas a don Luys Çapata en su *Carlo famoso*, y cómo en algunas va admirable: cómo está suaue la narracion de la torre del espejo de la Coruña.” (*El estudioso cortesano*, reimpresso en Alcalá, 1587, fol. 53 v.)

2 Prólogo de *El Solitario Poeta, compuesto por el Licenciado Alonso La Sierra, natural de Valbastro* (Zaragoza, 1605).

3 *Los dichos y hechos del rey Phelipe II* (Bruselas, 1666), págs. 42-43.

El día 20 de junio de aquel año mismo despachó el Rey en Madrid, como Administrador perpetuo de las Ordenes militares, una cédula dirigida a Cristóbal del Aguila, fiscal de la Orden de Santiago, para que prendiese al caballero don Luis Zapata, lo llevase a buen recaudo a Segura de la Sierra y lo entregase al alcaide de la fortaleza de Segura, donde quedaría recluso hasta que otra cosa se proveyese y mandase <sup>1</sup>.

¿A qué causas obedeció esta medida? La Real cédula sólo dice que, habiendo jurado don Luis Zapata sin licencia del Rey ante un alguacil de su Casa y Corte, hízose acerca del caso cierta información, y por lo que de ella vino a resultar contra Zapata, se mandó prenderle.

Otra Real cédula, fechada en la Casa del Bosque, de Segovia, a 30 de agosto, aclara más el asunto. Mediante la información se había llegado a averiguar que don Luis, “despues que rresciuio el auito, no a biuido con la onestidad y decencia que se requiere para ser hombre de horden; antes auiendo profesado obediencia e de guardar los Establecimientos de la horden, contra lo dispuesto por ellos, a cometido grabes dilitos y ecesos e perseuerado en ellos muchos años con gran deseruicio de Dios e perjuicio e desonor de su horden...; que la opinion e fama del dicho don Luis está muy lesa, e agrauada de tal manera que sería detrimento e desonor de la horden que permanezca en ella”. Considerando esto el Rey, elevó a perpetua la reclusión temporal de don Luis, y le privó de usar el hábito, o sea la insignia de la

---

1 Archivo Histórico Nacional: *Ordenes Militares.—Santiago.—Registro de los años 1564-67*. Ms. 53 c., fol. 186 v.



cruz-espada<sup>1</sup>, que así era de rigor aun en el caso de penas más leves, como la penitencia de medio año, según el capítulo LI de la Regla<sup>2</sup>.

Bien dijo la cédula Real: no estaba don Luis cortado para ser hombre de Orden, y a buen seguro que ni de los Establecimientos ni de la Regla quedaría precepto que no hubiese quebrantado con sus tropelías y desmanes.

Sólo los hierros de una prisión podrían tenerle a raya, volverle atrás en su camino.

Al mediar el mes de septiembre llegaron con gran secreto a Segura de la Sierra, para cumplir el Real mandato, Esteban Fernández de Paz, gobernador y justicia de los partidos del Campo de Montiel, Valle de Segura y Caravaca, y el licenciado Ruano, fraile clérigo, quienes, ante el alcaide Juan de Adrada y el escribano Pedro de Portillo, mostraron la cédula de S. M. en que, aparte de lo que ya sabemos, se ordenaba que recluyesen a don Luis en la pieza más fuerte y segura de la fortaleza, custodiado por guardias en suficiente número, sin permitirle comunicar con nadie, ni dejarle salir de la reclusión, no siendo a misa en las fiestas de guardar, y acompañado por el alcaide, a la iglesia del castillo.

Poco después efectuaban en ella, delante del altar del Señor Santiago, la imponente ceremonia de arrancar la cruz bermeja a don Luis de una ropa de damasco que vestía y del manto de caballero. Terminado el ritual, encerraron

---

<sup>1</sup> *Traslado autorizado de lo que se hizo con don Luis Çapata preso en Segura de la Sierra.* Doc. original; ms. 10475 de la Bibl. Nac. En el tejuelo del vol.: "Linajes de Lourtau."

<sup>2</sup> Lo propio se hizo en 1573 con don Ladrón de Guevara, conde de Oñate, que, por haber faltado al voto de conyugal castidad, estuvo preso en Uclés.

provisionalmente a Zapata, guardado por seis hombres, en una cámara “del cuarto viejo” de la fortaleza, “entre tanto —dice el documento— que se fortifica una puerta de la cámara de la torre de la campana donde a de estar recluido y con mas seguridad”<sup>1</sup>.

Toda precaución estaba en su punto tratándose de un rebelde que era “dechado de la hercúlea varonía”, de aquel *Gavarte de Valtemeroso*, que, rompiendo con su invencible espada los encantos de Norabroch, pudo librarse en Binche de entrar en las prisiones del gigante, y había caído en las de Segura de la Sierra por malos de sus pecados.

Allí quedó, sin esperanza de libertad, en la incomunicación más rigurosa, sujeto, como debe presumirse, a la vida penitente que la Regla imponía a los reclusos de comer sin manteles, en tierra, y no ser osados a quitar de la escudilla en que comieren perro, ni gato, ni ave, si allí llegara, pues Felipe II sólo le permitió, de modo expreso, no comer de la vianda de los sirvientes, como estaba también mandado, y hacerlo conforme a la calidad de su persona, a cuenta del propio peculio.

¡Burlas bien crueles guarda el porvenir a los humanos optimismos! Cuando nuestro poeta soñaba tocar las cumbres de la gloria y merecer más que nunca el favor Real, hallóse en el camaranchón de la torre de la campana, donde el Rey le había encerrado de por vida.

Allí, quizá, pasaron todavía por su mente, haciéndole dulce la prisión, reflexiones, no exentas de vanidosos consuelos, que más tarde escribió en la *Miscelánea*, recordando

---

<sup>1</sup> Traslado autorizado de lo que se hizo con don Luis Zapata, etc.— Ms. 10475 de la Bibl. Nac.

cómo los poetas, hasta después de su muerte, no gozan del premio merecido, y algunos, ni entonces; cómo de Homero no se hizo caso en vida... “Yo pensé también—concluye— que en haber hecho la historia del emperador Carlos V, nuestro señor, en verso, y dirigídola a su pío y poderosísimo hijo, con tantas y tan verdaderas loas de ellos y de nuestros españoles, que había hecho algo. Costóme 400.000 maravedís la impresión, y de ella no saqué sino saña y alongamiento de mi voluntad <sup>1</sup>.”

Pero si la vanagloria pudo de este modo convertir en trofeo las cadenas de la reclusión, la reclusión hubo de ser para el desbaratado don Luis medicina saludable.

“¡Oh bendita soledad, que de sólo lo dañoso y superfluo está desacompañada!”, exclamó Juan Bernal Díaz en su libro titulado *Soliloquio*. Y Tomás de Kempis, resumiendo en una frase los beneficios que para la perfección del alma traen la soledad y el silencio, dijo: “En la celda hallarás lo que pierdes muchas veces por de fuera.”

Don Luis lo halló, ciertamente. A solas consigo mismo, llegó a recobrase, y mostró tal arrepentimiento de su culpa, hizo tan cristiana vida durante dos años, que, sabedor el Rey de ello, y conmovido por las súplicas de doña Leonor de Ribera, esposa de don Luis, ordenó en 27 de octubre de 1568 que se permitiese a dicha señora entrar en la fortaleza a vivir con su marido, y tener para servirles dos mujeres, criadas suyas <sup>2</sup>.

A 23 de agosto de 1569 mandó Felipe II trasladar a Zapata de la fortaleza de Segura de la Sierra a la de Hor-

<sup>1</sup> *Miscelánea*, pág. 304.

<sup>2</sup> Arch. Hist. Nac.—*O. M. de Santiago*.—*Registro*, 54 c., fol. 255 v.

nachos; consintió al recluso que tuviese consigo, además de su mujer, al hijo de su primer matrimonio, llamado también don Luis, y que pudiese aumentar su servidumbre con cuatro hombres de su casa<sup>1</sup>. No transcurridos diez meses, Zapata consiguió del Rey estar en cárcel más próxima a Llerena todavía, en la de Valencia de la Torre, y desde Hornachos se le condujo allí “por camino derecho y con toda honestidad y recogimiento”, según lo disponía la cédula Real<sup>2</sup>.

Viviendo así entre los suyos y en su tierra, servido por seis criados, y sin dejar de percibir los emolumentos que, por ser caballero de la Orden de Santiago y alcaide de la fortaleza de Puerta de Reina, le correspondían, pues de salarios y derechos no fué privado nunca<sup>3</sup>, la reclusión de don Luis más parece desde entonces próspera curatela que castigo.

En la Casa fuerte de la Encomienda, que estaba a lo cimero de Valencia de la Torre, dominando la villa, pasó Zapata cerca de veinte años, sin que apenas haya de él memoria en aquel tiempo. Los visitantes de la provincia de León, año de 1575, dieron testimonio de que seguía allí bajo la custodia de Francisco de Chaves<sup>4</sup>. Cinco años después,

1 *O. M. de Santiago*.—Registro 55 c., fols. 1 v. y 2.

2 *Ibid.*, fols. 89 v. y 90.

3 No hay nómina del tiempo de la prisión de Zapata donde no figure éste en relación de “Mantenimientos” y “Thenencias”. Vid. *Copias de nominas de Santiago desde el año de 1553*, en el Arch. Hist. Nac., ms. 1025 c.

Durante la reclusión en Valencia de la Torre (24 de marzo de 1574), puso don Luis, en nombre suyo, por alcaide de la fortaleza de la Puerta de Reina a Alonso Muñoz Ponce, para sustituir a Pedro de Valencia Rodríguez, que lo había sido también a nombre de don Luis. (Arch. Hist. Nac.—*O. M. de Santiago*.—*Visitas*.—*Provincia de León, años 1574 a 1575*, tomo I, fol. 75 v.)

4 Arch. Hist. Nac.—*O. M. de Santiago*.—*Visitas*.—*Provincia de León, años 1574 a 1575*, tomo III, fol. 1030 v.

cuando el gran Duque de Alba, castigado con rigor por leve culpa, salió de la prisión de Uceda, obediente al Rey, que le mandaba a la conquista de Portugal arrastrando las cadenas y los cepos, según frase del Duque, recibió éste en el camino, a tres leguas de Valencia de la Torre, una carta de bienvenida que le mandó don Luis desde su cárcel, y a que don Fernando de Toledo contestó muy afectuoso <sup>1</sup>.

Ciertos *Emblemas*, imitación de los de Alciato, y otras composiciones en verso, a estilo de Petrarca, de Garcilaso y de Boscán, que Zapata escribió y sólo conocemos por referencias suyas en el prólogo del *Libro de Cetrería* <sup>2</sup>, fueron obra, quizá, de este largo período de su encierro.

En él compuso, sin que haya lugar a duda, el *Libro* que acabamos de mencionar, muy semejante, por el asunto, al *Libro de las aves de caza, e de sus plumages e dolencias e melecínamientos* que el canciller Ayala escribió también durante su prisión en el castillo de Oviedes.

El día 1.º de septiembre de 1583 comenzó don Luis la tarea, y a los tres meses justos <sup>3</sup> ponía de su mano al fin del manuscrito que hoy posee la Biblioteca Nacional: "Acabóse este libro en Valencia de la Torre, día de Santandrés, a las diez de la noche, año de 1583 años <sup>4</sup>."

<sup>1</sup> *Miscelánea*, págs. 361-362.

<sup>2</sup> Cf. *Libro de Cetrería*, ms. de la Bibl. Nac. núm. 7844, prólogo.

<sup>3</sup> En la primera estrofa del último capítulo (fol. 330 v. del ms. 7844), dice el autor, dirigiéndose a don Diego de Córdoba, a quien dedica el poema:

Ya veo casi acabado, señor caro,  
este mi gran reparo en tantas cargas  
de aquestas noches largas del ynvierno,  
que en tres meses discerno, y más no un día,  
di fin a esta porfia de ensalçaros...

<sup>4</sup> Tres manuscritos del *Libro de Cetrería*, de don Luis Zapata, se custodian en la Biblioteca Nacional, bajo las signaturas 3336, 4219 y 7844. Aun-

Es el *Libro de Cetrería* un poema, escrito

en verso *encadenado*, heroico y alto,

como dice el autor, o sea en endecasílabos de rima *percossa*, a que nuestros preceptistas llamaron *maraña*<sup>1</sup>; poema consagrado por don Luis a exponer cuanto del señoril deporte de la caza con halcón sabía de ciencia propia, o aprendido de otros, para enseñanza de las gentes de señuelo y guante que hubieren menester de ello.

Nada de lo que pertenece al arte de cetrería deja de tratar el *Libro*: en qué tierras se toman los baharíes, neblíes, gerifaltes, azores, alfaneques, y cómo los rederos los acechan y atrapan; qué diferencias hay de aves de rapiña, cuáles son mejores dentro de cada especie, a juzgar por las alas, por el plumaje, por el pico; modo de amaestrarlas, de cazar con ellas, de desainarlas en la muda, de curar sus enfermedades, todo entreverado con invocaciones a las ninfas cazadoras, con algo de historia, más bien fábula, sobre los orígenes de la montería y altanería; con anécdotas y casos de cetreros y de aves, donde, además de otras muchas cosas, se aprende, por ejemplo, en cuánto era estimado un neblí excelente, como el neblí *Manrique*, por el cual dió el Conde de Feria a nuestro Zapata un caballo turco, un morrión y un peto a prueba de arcabuz, una cama dorada, con cielo y cortinas de tela de oro, 50 varas de carmesí florentino, cuatro

---

que todos son coetáneos, el último está corregido de mano del autor, y el prólogo es de letra suya, así como también la nota final (fol. 365 v.), que los demás no tienen. Por eso nuestras citas hacen siempre relación a este manuscrito.

1 Cf. Miguel Sánchez de Lima: *Arte Poetica en romance Castellano* (Alcalá, 1580), fols. 61 y sigts.

neblíes, y cuarenta ducados, de propina y corretaje, al buen Sanabria, cazador de don Luis <sup>1</sup>.

El mismo sistema de digresiones empleado para amenizar la narración histórica del *Carlo famoso*, sirve en el *Libro de Cetrería* para procurar algún alivio al lector fatigado por la aridez didáctica.

Rara vez aparece la doctrina incorporada a la acción, como ocurre en el capítulo CXV al tratar de los azores. En él se esboza un cuadro de costumbres, lleno de realismo, acentuado por su contraste con toques e influencias de la antigüedad clásica. Finge el poeta salir a caza de perdices en un sereno día, y vase cabalgando con su gente, muy de mañana, el azor en el puño, atraillados los perros...

Después de haber corrido el campo con fortuna, regresa a la hora en que Tetis desuncía y lavaba en el mar Océano los cansados caballos del Sol.

Ya las cocinas humean; los pastores, guiando los rebaños, van camino de sus chozas; vuelven a sus casas los labriegos, detrás de las yuntas, con las agujadas al hombro, enhiestas como picas. Es la paz virgiliana del crepúsculo.

En las casas pobres relucen candiles, lámparas en las tiendas, y en el portalón de don Luis aguardan los criados, con hachas encendidas. Descabalga el señor; vase al abrigo de la lumbre, donde está servida la cena: uno le quita la espuela, el otro el guante, y, sentado a cenar, conversan todos familiarmente sobre los azores.

Escribió este poema su autor a los cincuenta y siete años, convencido de "que como los cisnes cantan mejor a la postre,

---

<sup>1</sup> Ms. de la Bibl. Nac., núm. 7844, fols. 32 v. y sigs. En la *Miscelánea*, pág. 322, cuenta el autor otra vez el caso de su neblí *Manrique*.

assi los poetas más cerca del fin de la vida; que la que llaman su vena, sale mientras más se ahonda más rica, porque los hombres por natura son hábiles, por arte enseñados y fáciles por uso”<sup>1</sup>.

Flúida y armoniosa es muchas veces la versificación, verbigracia, cuando el poeta describe los halcones al salir de la muda, y a los cuales, dice, no dió

...la Natura  
prudente, vestidura de truhanes,  
como dió a los faisanes y a los gayos  
pitos y papagayos, de colores;  
mas como a vnos señores muy seueros,  
y como a caualleros de alto estado,  
de azul, negro, o leonado, su vestido  
orlado y guarnescido con pinturas  
de honestas bordaduras...

Pero también otras muchas veces el pensamiento arrastra con dificultad las cormas de la rima.

Por ello, sin duda, el hijo de don Luis, mozo ya de veintinueve años, atento a las estrofas que iba leyéndole su padre en las veladas invernizas de la prisión, quiso persuadirle a que escribiese en prosa, “diziendo que eran embarazo, y superfluos para cazadores, los adherentes de la poesía”.

Duélese Zapata en el *Prólogo*, donde hallamos las noticias precedentes, de que su propio hijo le censure, y defiende su obra con el ejemplo de Horacio, Virgilio, Fracastoro y demás cultivadores de la poesía didáctica. Si a juicio de nuestro poeta eran embarazo o no los adherentes de la poesía, se ha de considerar leyendo la siguiente declaración que hace poco después: “los consonantes van aqui vnos forçados y otros de buena *voglia* por la dificultad de las curas y de

---

1 Prólogo del *Libro de Cetreria*. Hs. 7844 de la Bibl. Nac.



las reçeutas, y quando ay alguna palabra superflua por fuerça, pongo vna señal de parentesis como que se puede passar sin ella el tal verso”.

De este modo, ciertamente, no hay obstáculos ni trabas. Bien que semejante recurso tiene el mérito de la sinceridad, pues los poetas no acostumbran señalar con paréntesis los ripios para que ningún lector se llame a engaño, antes los dan por moneda corriente, y si la rechaza alguno, se enojan con él todavía.

Ya porque en el ánimo de don Luis hiciesen mella las atinadas reflexiones de su hijo, o por otras causas, el hecho es que, al fin del *Prólogo*, revela una firme decisión de no escribir más versos: “de hoy más..., pongo perpetuo silencio a las rimas”.

Pero es enfermedad la del poeta incurable y pegadiza, como dijo Cervantes, y el bueno de don Luis hubo de recaer. Tradujo al castellano, en verso, la *Epístola ad Pisones* y la sátira IX del libro I de Horacio, publicadas en un volumen, impreso en Lisboa y dedicado al conde de Chinchón, don Diego de Bobadilla <sup>1</sup>.

Menéndez y Pelayo, que, para sus estudios de *Horacio en España*, examinó en la Biblioteca Nacional de París el único ejemplar conocido de este opúsculo <sup>2</sup>, encomia el do-

---

<sup>1</sup> *El arte poetica de Horatio, tradvcida de Latin en Español por don Luis Çapata señor de las villas y lugares del Cehel, y de jubrecelada, alcaide perpetuo de castildeferro, cautor y la rabita, patron de la capilla de S. Iuan Bautista, alcaide de llerena...* (Lisboa, 1592).

<sup>2</sup> Hasta ahora sólo se conocía el ejemplar que posee la Biblioteca Nacional de París. El Sr. Duque de T'Serclaes tiene en su valiosa biblioteca otro ejemplar de tan rarísima obra. Figura otro en el catálogo impreso de los libros del Marqués de la Romana, hoy agregados a nuestra Biblioteca Nacional; pero no aparece catalogado entre los fondos de ésta.

naire y la ingeniosidad con que Zapata discurre en la *Prefación al Lector*, y transcribe, entre otras cosas, una bella comparación suya, que copió íntegra Cervantes en el *Quijote*: "...me parece que son los libros traducidos tapizería del revés, que está allí la trama, la materia y las formas, colores y figuras como madera y piedras por labrar, faltas del lustre y de pulimento"<sup>1</sup>.

Bien de otra suerte juzga el autor insigne de la *Epístola a Horacio* las traducciones hechas por don Luis

del tantas veces profanado libro.

"Son flojas—dice—, desaliñadas, pedestres; los versos, muy malos." Y sus censuras llegan hasta la edición, "digna del texto por lo desaseada, mendosa y tosquísima"<sup>2</sup>.

La devoción de Menéndez y Pelayo al gran Maestro, sus aficiones exquisitas de bibliófilo horaciano, no podían consentir, sin áspero reproche, que se profanase de aquel modo el

arca santa del gusto y la belleza.

---

<sup>1</sup> *Colección de escritores castellanos. Menéndez y Pelayo: Obras completas. Horacio en España. Segunda edición refundida, tomo I* (Madrid, 1885), págs. 59-64.

Don Juan Antonio Pellicer, en sus notas al capítulo LXII de la parte II del *Quijote*, aduce también a este propósito el texto de don Luis Zapata, y añade: "El primero que usó de esta comparación tan propia parece fué don Diego de Mendoza, citado por don Esteban Manuel de Villegas en el prólogo de su traducción de *Boecio*."

La cita de Villegas es como sigue: "decía [don Diego de Mendoza] que las traducciones eran de la condición de los tapices vueltos al rebés, que descubrían las figuras, pero llenas de borlas y de hilachas".

Si Menéndez y Pelayo recordara lo dicho por Mendoza, no hubiese dejado de reconocer mayor afinidad entre las palabras de éste y las de Cervantes.

<sup>2</sup> *Horacio en España*, loc. cit.

Cuando Zapata dió a imprimir su traducción del *Arte poética*, el año de 1592, hallábase, ya libre de prisiones, en Lisboa<sup>1</sup>, y como a 9 de abril del propio año, Felipe II le hizo merced del título de Regidor de la ciudad de Mérida<sup>2</sup>, es evidente que no sólo estaba en libertad, sino rehabilitado por un Real perdón, al cual contribuirían, de seguro, con sus buenos oficios, don Diego de Córdoba, caballero mayor del Rey, y el Conde de Chinchón, mayordomo de S. M., grandes amigos de Zapata, a quienes había dedicado éste las últimas producciones de su ingenio.

Don Luis, que entró joven en la cárcel, salía viejo de ella. ¡Y cuán otro de como fué en su mocedad!

Aquel pulido cortesano que lo sacrificaba todo a su gentileza y galanía, necios llamaba ahora a “los que en pulirse, en traer altos los cuellos, en andar con buen aire, ponen toda su felicidad”<sup>3</sup>, y lamentándose del tiempo y el caudal derrochados en la Corte, se aplicaba este soneto del Duque de Sesa<sup>4</sup>:

Cuando reparo y miro lo que he andado,  
al ver los pasos por donde he venido,  
yo hallo por mi cuenta que he perdido  
el tiempo, la salud y lo gastado.

Y si codicio verme retirado  
y vivir en mi casa recogido,  
no puedo, porque tengo ya vendido  
cuanto mi padre y madre me han dejado.

---

1 *Miscelánea*, de don Luis Zapata, págs. 235-36. Un año después del mencionado en el texto permanecía en Portugal Zapata, o había vuelto allí para algún negocio (pág. 226). Más tarde residió algún tiempo en Talavera de la Reina (págs. 312, 438, 460).

2 Arch. Hist. Nac., *Despachos de la Orden de Santiago*, de 1591 a 1599. Ms. 122 c, fol. 38.

3 *Miscelánea*, pág. 7.

4 *Ibid.*, pág. 130.

Yo me perdí por aprender el arte  
de cortesano...

La experiencia propia, tardía siempre, le había enseñado ya que “representantes somos de farsa, y que unos salen reyes y otros pastores al teatro, y a las veces los que salen Reyes salen otro día ganapanes..., y los felicísimos pasan como las representaciones de un retablo de jugadores de manos: asoma la sabia Sibila por una puerta y sale luego por otra; y lo mismo al rey Herodes y sus alabarderos, y los Reyes Magos”<sup>1</sup>.

Residiendo temporalmente en Extremadura, en Portugal y en Talavera de la Reina<sup>2</sup>, destinó don Luis sus ocios, durante los últimos años de su vida, desde 1591 hasta fines de 1594 o comienzos de 1595, en que murió<sup>3</sup>, a preparar

---

<sup>1</sup> *Miscelánea*, pág. 408.

<sup>2</sup> *Ibid.* “Estos temblores [de tierra] solamente en mi edad, que ha sido, gracias a Dios, bien larga, de sesenta años, y a 16 de este noviembre de 593 será de 61, los he visto dos veces: la una dos o tres años ha en Llerena... y otra en Evora, en Portugal, año 93, estando en casa del Conde de Tentubal, mi cuñado.” (Pág. 226.)

“Año de noventa y dos vi en Lisboa un cauallero clerigo”, etc. (pág. 235).

“Y por no salir de Talavera por un rato, donde al presente estoy.” (Página 312.)

“Y por no salir agora de Talavera..., vi allí en una pared, junto a la casa de Ayuntamiento.” (Pág. 460.)

<sup>3</sup> Cf. *Miscelánea*, págs. 2, 24, 67, 99, 141, 226 y 473. Que don Luis Zapata murió a fines del año de 1594, o principios de 1595, se sabe ciertamente, por documentos de la Orden de Santiago que se conservan en el Archivo Histórico Nacional. Al fol. 138 del tomo III de *Despachos de Santiago desde julio de 1591 hasta diciembre de 1599* (Ms. 122 c) aparece la nómina de 1594, hecha en marzo del mismo año, y en ella figura don Luis Zapata como alcaide de la Torre de la Puerta de Reina, de la villa de Llerena. La nómina de 1595 (fol. 214), que lleva fecha de abril del propio año, ya no incluye el nombre de Zapata en la relación de las “Tenencias”. Y por carta Real, fechada en el Campillo a 18 días del mes de octubre de 1595 años, Felipe II hizo merced al licenciado Gaspar de Bonifaz de la Alcaidía de la Puerta de Reina, de la villa de Llerena, “al presente baca por fallecimiento de Don Luis Zapata ca-

los materiales para un libro que había de titularse *Varia historia*, y estar dividido en doce partes y dedicado a una “Serenísima Infanta”, que no pudo ser otra sino doña Isabel Clara Eugenia, hija de Felipe II <sup>1</sup>.

Esta *Varia historia* en preparación, cuyo manuscrito original consta de 448 folios, es generalmente conocida con el nombre de *Miscelánea de Zapata*, y se puede reputar como la obra más interesante de don Luis.

En las páginas que le dedica Menéndez y Pelayo al exponer los *Orígenes de la Novela*, se contiene un juicio de la *Miscelánea* tan cabal como todos los del insuperable maestro, si bien ha de tenerse muy en cuenta que lo formula tomando por labor definitiva esos apuntes para el libro que quedó sin concluir.

Cuanto Zapata había visto, oído o leído en su larga vida —dice—lo puso por escrito, “sin orden alguno, en prosa inculta y desaliñada, pero muy expresiva y sabrosa, por lo mismo que está limpia de todo amaneramiento retórico..., filosofando sobre todo ello con buena y limpia moral”, llegando en la expresión de sus conceptos hasta la elocuencia algunas veces, como cuando pondera el heroísmo de los *ligueros* en el sitio de París de 1590, que hizo levantar el Príncipe de Parma. “Resultó de aquí—añade nuestro gran historiador literario—uno de los libros más varios y entretenidos que darse pueden, repertorio inagotable de dichos y anécdotas de españoles famosos del siglo XVI... Para todo género de estudios literarios y de costumbres; para la bio-

---

uallero della” [de la Orden de Santiago]. *Registro desde 27 de agosto de 1594 hasta 22 de mayo de 1596*. Ms. 66 c, fol. 194 v.

1 Cf. *Miscelánea*, págs. 28, 77 y 79.

grafía de célebres ingenios, más conocidos en sus obras que en su vida íntima..., ofrece la *Miscelánea* de Zapata mies abundantísima, y que todavía no ha sido enteramente recogida en las trojes, a pesar de la frecuencia con que la han citado los eruditos, desde que Pellicer comenzó a utilizarla en sus notas al *Quijote*, y, sobre todo, después que la sacó íntegramente del olvido don Pascual de Gayangos... Para conocer ideas, costumbres, sentimientos y preocupaciones de una época ya remota, y que, sin embargo, nos interesa más que otras muy cercanas, libros como el de Zapata, escritos sin plan ni método, como gárrula conversación de un viejo, son documentos inapreciables, mayormente en nuestra literatura, donde este género de misceláneas familiares son de hallazgo poco frecuente. La de Zapata ofrece materia de entretenimiento por dondequiera que se la abra, y es recurso infalible para las horas de tedio, que no toleran otras lecturas más graves. De aquel abigarrado conjunto brota una visión histórica bastante clara de un período sorprendente. Baste lo dicho en recomendación de este libro, que merecía una nueva edición convenientemente anotada, así en la parte histórica como en el material novelístico o novelable que contiene, y que, generalmente, no se encuentra en otras compilaciones”<sup>1</sup>.

Ocupábame, señores Académicos, en preparar esa edición que pide Menéndez y Pelayo en los *Orígenes de la Novela*, cuando me dispensasteis la honra inmerecida que hoy vengo a recibir, y este bosquejo biográfico, con cuya lectura os

---

1 M. Menéndez y Pelayo, *Orígenes de la Novela*, tomo II, págs. xxxvi-xl.

fatigué demasiado tiempo, procede de las investigaciones que necesariamente hice al comentar la *Miscelánea*.

El conocimiento de la vida de un escritor es clave segura para entender y juzgar sus obras; sin ella, faltarán elementos de juicio suficientes, aun para el estudio y la crítica de las producciones del ingenio más impersonales. Ni tampoco puede tenerse idea exacta de un período literario sin conocer en la intimidad a los hombres que en él florecieron, que es tanto como internarse en lo más hondo del estado social de la época.

La errada vocación de don Luis Zapata, su porfiado empeño en versificar, se explican fácilmente tratándose de un caballero de las cortes del Emperador y de su hijo don Felipe, en que la hermandad de las armas y las letras, elevada a doctrina, tuvo arraigo en las costumbres.

Un capítulo del *Cortesano* dedica Baltasar Castellón a esa hermandad, y nuestro gran prosista fray Antonio de Guevara decía al conde de Benavente, don Alonso Pimentel, en una de sus epístolas familiares: "Al buen caballero tan bien le parece un libro so la almohada como la espada a la cabecera."

Por eso eran entonces parte de la educación patricia lo mismo el manejo de la espada que escribir en metro y en prosa, y así hubo tantos buenos caballeros, medianos poetas, al lado de otros que escribían soberanas estrofas

entre las armas del sangriento Marte...,  
tomando ora la espada, ora la pluma.

Al querer realizar don Luis Zapata sus tres ambiciones de ser gran cortesano, gran justador y gran poeta, no aspi-



raba, pues, sino a una cosa: a ser dechado de caballeros, a competir en galantería, armas y letras, con los más venturosos de la Corte.

No pudo lograr el último noble empeño. Sin embargo, las obras poéticas de don Luis tienen, aparte de su mérito relativo, alta significación social: como otras muchas de aquel siglo, dan testimonio de una extensa devoción cortesana a la poesía, y no en tiempos de paz florecedora, sino cuando ilustres soldados poetas acudían a ofrendar al templo de las Musas entre el ir y venir de las batallas.

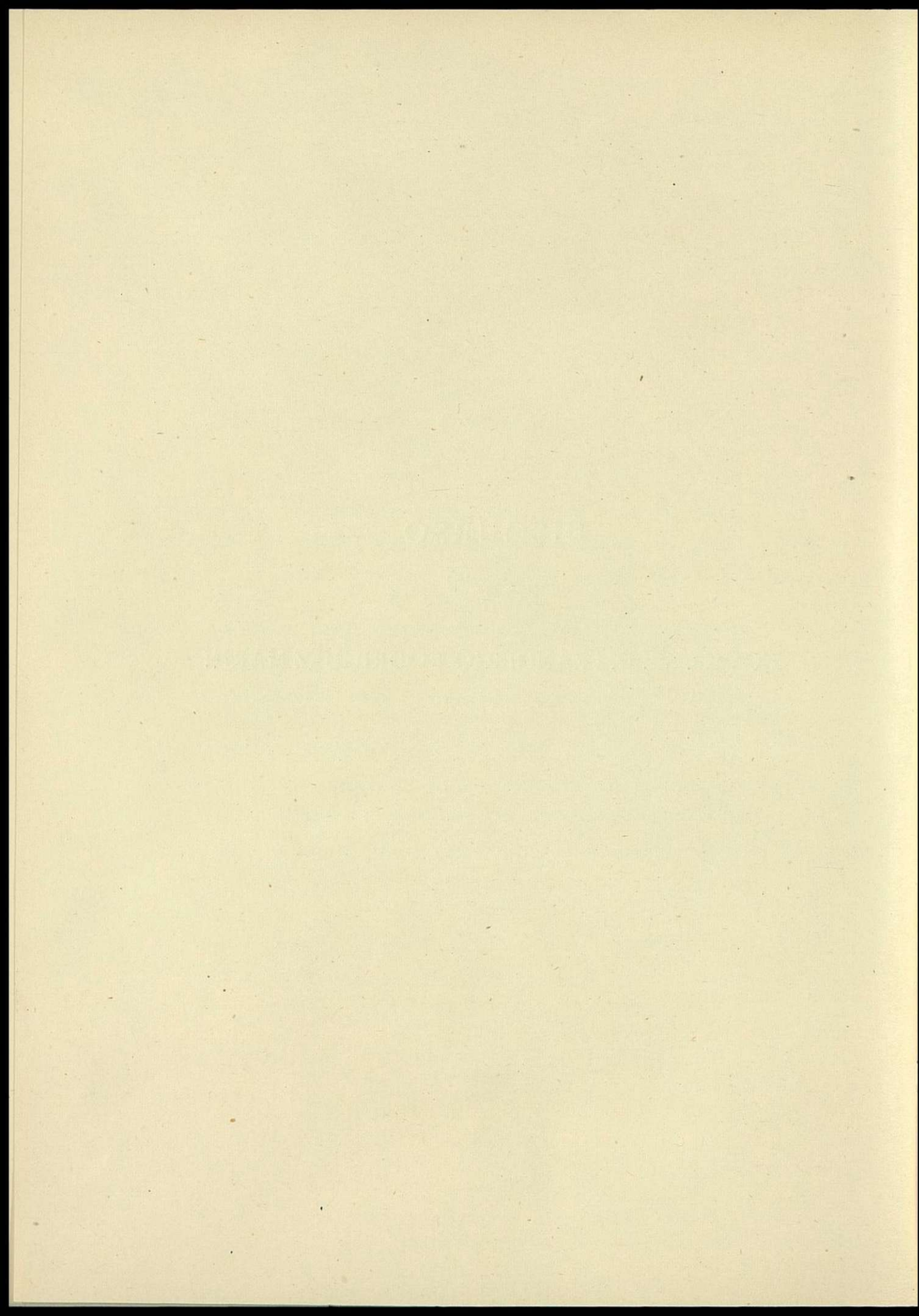
Don Hernando de Acuña, que después de batirse bravamente en Ingoldstandt, bajo la enseña de Carlos V, traducía en colaboración con éste el poema de Olivier de la Marche, *El caballero determinado*; don Alonso de Ercilla, hurtando horas al reposo en los campamentos de Arauco para notar en trozos de papel o en tiras de cuero las octavas de su poema, nos dicen cómo daba culto a lo ideal en los altares de la Poesía aquella raza de guerreros y conquistadores, de que fué símbolo supremo el príncipe de la lira castellana, el dulce cantor de *Galatea*, arrojado por su heroísmo a escalar el primero la torre de Muey, donde cayó sin vida en brazos de la Fama, que lo recogió para besar su ensangrentada frente con el beso de la inmortalidad.



DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. D. FRANCISCO RODRIGUEZ MARÍN



SEÑORES ACADÉMICOS:

Hoy, haciendo justicia a los notorios méritos de uno de los escritores que más y mejor honran con sus trabajos a la literatura patria, la Real Academia Española recibe solemne y jubilosamente en su seno al señor don Juan Menéndez Pidal, hermano de un tan docto como querido compañero que ha mucho tiempo que comparte nuestras tareas. Tráele a este lugar nuestro voto unánime; más diré: ábrenle las puertas de esta casa, vetusto solar de las letras españolas, las acordes voluntades de vivos y muertos, pues luego que falleció nuestro insigne colega el excelentísimo señor Marqués de Pidal todos entendimos que, a poseerse por juro de heredad las plazas de académicos, el Marqués habría designado para suceder en la suya a su cercano deudo don Juan Menéndez Pidal, con quien siempre le ligaron, aún más estrechamente que los vínculos de la sangre, los espirituales pero fuertes lazos del común pensar y sentir.

Cúmplese, pues, hoy, muy a gusto de la Academia Española, el ferviente deseo de aquel consocio ilustre, y así, por caso insólito, seguiremos teniéndole, como redivivo, a nuestro lado, en la persona de su digno sucesor, en quien hallaremos a toda hora, más lozanos y pujantes en razón de

su menos avanzada edad, el mismo profundo saber, la propia madura experiencia y, en suma, la misma valiosa colaboración con que hasta su muerte asistió en los trabajos académicos aquel prócer meritísimo. Por tanto, bien venido sea el señor Menéndez Pidal a este hogar hidalgo, donde con impaciencia le esperaban corazones amigos, entendimientos afines y manos deseosas de estrechar la suya.

Los méritos del nuevo Académico son harto conocidos y celebrados de toda la España culta, y así, la alabanza y recomendación que por ellos se le debe estaría bien resumida, para los que aún no le conocen, en solas dos palabras, ya dichas en alguna ocasión análoga a la presente: *Scripta légitio*. “Lee sus obras.” Con todo esto, yo, bondadosamente designado por nuestro insigne y amadísimo Director para llevar la voz de la Academia en la solemnidad de hoy, quiero y debo pagar mi tributo a la costumbre, enumerando los trabajos literarios e históricos del nuevo Académico, y recordándoos al par cómo, a su publicación, fueron recibidos por la crítica.

El claro y poderoso entendimiento de don Juan Menéndez Pidal ha lucido principalmente en tres diversas disciplinas. Constante enamorado de la literatura popular, que ya hoy se denomina en todo el mundo con las palabras *folklore*, y persuadido de que urge muy mucho recoger, estudiar y clasificar las preciosas supervivencias del pasado, antes que acaben de borrarlas y aniquilarlas los vientos de generalización que soplan de todas partes, dedicóse con cuidadosa diligencia, aún no transcurridos sus años de adolescente, a recoger de la tradición oral los romances viejos que se conservaban en toda la tierra de Asturias, tarea que

por aquel tiempo mismo, a imitación de lo hecho en Cataluña por Milá y Fontanals, Francisco Pelayo Briz y otros, habíamos tomado a nuestro cargo en Andalucía don Antonio Machado y Álvarez, fundador del *folk-lore* en España, don Luis Montoto, don Alejandro Guichot, don Juan Antonio de Torre y algunos otros aficionados, yo entre ellos. Dedicando, pues, a tan sabrosa investigación sus vacaciones de estudiante de Jurisprudencia, el señor Menéndez Pidal, como escribió años después nuestro inolvidable amigo y sabio compañero don Marcelino Menéndez y Pelayo, “acometió, con los bríos de la mocedad y con el más ferviente entusiasmo, una exploración metódica del Principado bajo el aspecto de la poesía popular, penetrando en lo más recóndito de sus montañas y sorprendiendo en los labios de los rústicos la canción próxima a extinguirse. Fruto de este viaje artístico fué el precioso libro que lleva por título *Poesía popular: Colección de los viejos romances que cantan los asturianos en la danza prima, esfoyazas y filandones, recogidos directamente de boca del pueblo*. Los romances —añadía el señor Menéndez y Pelayo—llegan a noventa y dos..., y algunos merecen figurar al lado de los más bellos de las antiguas colecciones”. Análogas alabanzas obtuvo de la crítica extranjera tan copioso e interesante romance-ro, publicado en 1885: Puymaigre, en el *Polybiblion*, dijo “que esta colección aporta elementos muy interesantes para el estudio de la poesía popular, y que su autor se había mostrado en ella digno de llevar un apellido tan justamente célebre en el terreno de las letras”.

Alguna vez los hallazgos *folk-lóricos* del nuevo Académico fueron de excepcional valía para esclarecer puntos

oscuros de nuestra historia literaria. Véase un ejemplo. Carecíamos hasta algunos años ha de todo rastro tocante a los orígenes populares del famoso convite de que Tirso de Molina tomó la segunda mitad del título de su comedia *El Burlador de Sevilla y Convidado de piedra*, que dió pie al ilustre Zorrilla para escribir su *Don Juan Tenorio*, cuando, de improviso, en una de sus excursiones pesquisidoras por las montañas de León, vínosele a las manos al señor Menéndez Pidal cierto peregrino romance del pueblo, en el cual figuran un convite y un banquete a una calavera, que son substancialmente el convite y el banquete mismos que hay en las sobredichas obras dramáticas. Dió la primera noticia de este romance, en nota de su estudio acerca de Tirso de Molina, publicado en 1893, nuestro muy erudito secretario don Emilio Cotarelo, y el señor Menéndez y Pelayo lo sacó a luz siete años después—algunos antes que en Galicia se hallara pieza *folk-lórica* parecida—en el tomo X de su *Antología de poetas líricos castellanos*, diciendo: “Es la única forma popular que en España ha aparecido hasta ahora de la famosa y universal leyenda que dramatizó Tirso de Molina en *El Burlador de Sevilla*.”

Cualquiera que sin conocer ni de nombre a don Juan Menéndez Pidal leyese su romancero popular asturiano, y señaladamente, más bien que su texto, las sabrosas páginas que le preceden y las notas que le siguen, pensaría, a no dudar: “Este rebuscador de romances vulgares viejos, antes que mero *folk-lorista* debe de ser consumado poeta.” Y a fe que no se engañaría al imaginarlo así. Perpetuo y fervoroso enamorado de lo bello, el generoso espíritu del Académico electo a quien hoy otorgamos plaza de número

tiene dadas al mundo de la cultura notables muestras de cuán lucidamente ha cultivado el campo de la Poesía, deleitando las almas con sus inspiradas composiciones, siempre nobles e interesantes por sus asuntos y siempre esmeradas en cuanto a la forma, y especialmente, por lo que hace a lo castizo de la dicción, en donde la crítica menos benévola rara vez hallaría un leve descuido en que tropezar. “Hay todavía buenas almas—dijo por los años de 1893 el ilustre poeta gallego Curros Enríquez—, hay todavía buenas almas que se interesan por levantar nuestra lírica de la decadencia a que la han traído las corrientes positivistas de nuestra época. Entre esas buenas almas figura Juan Menéndez Pidal, uno de los más acentuados temperamentos poéticos de nuestros días.” Y afirmaba a continuación que sus composiciones *El Conde de Muñazán*, *Don Nuño de Rondaliegos*, *A-la-lá* y *Poesía popular* “son obras que le acreditan no sólo como artista de exquisito gusto, sino también como un gran inspirado”, y elogiaba sobremanera su entonces última poesía, intitulada *El pendón negro*. Nuestro difunto académico electo don Federico Balart, algunos años después, deshacíase en alabanzas de *Lux aeterna*, otra composición sentidísima del curioso allegador de los romances asturianos, reimpressa, como *El pendón negro*, en la reciente aunque harto incompleta colección de sus poesías.

Por avalorar estos deshilvanados renglones con algunos versos del recipiendario, no resistiré al deseo de transcribir dos o tres muestras de la gentil inspiración del señor Menéndez Pidal. Bien adivino que aunque las supieseis de coro las escucharíais con agrado, porque la musa del nuevo Académico sabe sentir, pensar y expresar de tal

manera, que, como diría Cervantes jugando del vocablo, encanta cuando canta. Oídla en una de las ocasiones en que se contiene dentro de las lindes de lo puramente lírico; en la poesía intitulada *Flor de nieve*, que sirve de introducción a los *Cantos de la montaña*:

“Desde los puertos áridos  
al hondo valle de la aldea amada,  
picos y simas hórridas,  
todo cubierto está por la nevada.

En un glacial crepúsculo  
alza sus olas ese mar de hielo;  
la blanca tierra es páramo;  
desierto azul la inmensidad del cielo.

Entre esqueletos de árboles  
los pobres techos del lugar humean;  
sus flecos de carámbanos  
con ritmo y son monótono gotean.

Ya el cristalino Véspero  
vierte su luz sobre la nieve fría;  
ya la campana el *Angelus*  
canta en la soledad, y muere el día...

Tú reinas, musa pálida  
del Septentrión; tu majestad es ésa;  
tu trono está en un ángulo  
de la oscura cocina montañesa.

¡Ven a tu escaño rústico,  
pálida musa de celestes ojos,  
y sueña melancólica  
viendo afilarse los tizones rojos!”

Como veis, la descripción del país montañoso no puede ser más exacta, ni más poética y original. Transcurrido algún tiempo después de leída, al recordar vagamente nosotros los habitantes de las estepas castellanas el glacial crepúsculo en que

“alza sus olas ese mar de hielo”,

y los esqueletos de árboles, entre los cuales

“los pobres techos del lugar humean”,



podríamos dudar si tal pintura—¡así está de perfecta y acabada!—, podríamos dudar, digo, si se debió a la gallarda pluma del nuevo Académico, o a los habilísimos pinceles de su hermano don Luis Menéndez Pidal.

Escuchad ahora a la misma musa cuando levanta el tono y valientemente se sube a rayar con lo épico. Observad con qué vigorosos rasgos, en su composición intitulada *El pendón negro*, pinta a los espaderos en su taller :

“Vedles al rojo incendio de la fragua :  
lívidos, sudorientos,  
flacos como el Vulcano de Velázquez,  
en el taller están los espaderos.

Sobre el yunque sonoro los martillos  
caen con rimar alterno,  
y el golpe de los cíclopes irradia  
luz y armonía á un tiempo :  
robusto coro de vibrantes notas  
preludia un himno al fuego ;  
vuelan las chispas, luminoso emjambre  
que hunde en la sombra el agujijón de hierro.

La herramienta retiñe ;  
jadea el fuelle : a su vital resuello,  
las llamas suben, coronando el ara  
del vulcánico templo,  
y el anciano Simón en la bigornia  
martilla y canta :

“Esclavo es el minero  
”que arranca de la mina el duro acero  
”para lucro y defensa del señor ;  
”esclavo el espadero,  
”también para el señor, como el minero,  
”templando está el acero...  
”¡ el mortífero acero vencedor !  
”Pues lo tenéis primero,  
”no soltéis el acero :  
”volvedlo contra el bárbaro opresor ;  
”que en manos del obrero,  
”de un siervo hará un señor.”

Todos el canto de Simón repiten,  
las informes espadas esgrimiendo,  
mientras ríe con boca desdentada  
el malicioso viejo.

“¡Cese la servidumbre del trabajo  
—claman roncós los pechos—:  
”libres queremos ser, libres e iguales;  
”gozar del oro y el placer queremos!”

Y cien martillos golpeando el yunque  
piden el rayo vengador al fuego;  
vuelan las chispas, luminoso enjambre  
que hunde en la sombra el aguijón de hierro.”

Después, cunde el odio entre los hombres; el feroz viejo Simón lo excita y enfurece acá y allá con sus criminales prédicas, y, al cabo, sobreviene la lucha trágica, y los siniestros resplandores del incendio, que suceden al robo y al asesinato, alumbran la horrenda matanza en que cae diezmada la plebe. Después de lo cual,

“Al despuntar el alba,  
sangre y ruinas alumbra el día nuevo.  
Encima de cadáveres y escombros  
está la Muerte: el misterioso viejo  
Simón, que dominando  
levanta el pendón negro,  
y por los desgarrones de su blusa  
movidá por el cierzo,  
deja asoimar su costillaje, mondo  
como el de un barco que se hundió en el piélago  
y arrojado es, al fin, por la resaca,  
de brava costa al peñascal, deshecho.

Sonríe complacido,  
con mueca horrible, y, levantando al cielo  
los brazos y la frente,  
grita después:

“¡Venid, aves del viento!  
”¡Venid y congregaos  
”al gran festín de Dios: bajad el vuelo  
”carne a comer de reyes y tribunos,  
”de caballos y nobles caballeros,  
”carne de esclavos, carne de hombres libres,  
”de grandes y pequeños!”

También para Andalucía, en cuya opulenta metrópoli residió algún tiempo Menéndez Pidal siendo estudiante, tuvo su lira muy acordados sonos, tales como los que delei-

tan el alma al par que el oído en sus poesías intituladas *Año-ranza*, *Noche de Córdoba* y *Araceli*. Regresó después el poeta a las áridas llanuras de Castilla y a las abruptas montañas de Asturias, y aun entre éstas, que son su hermoso suelo natal, no logró verse libre de la nostalgia de la hechicera tierra andaluza, que, visitada una vez, hay que amarla toda la vida. Por eso el señor Menéndez Pidal la recuerda en esta melancólica exclamación:

“Cielo de Andalucía,  
¡quién me diese vivir tus noches bellas,  
encantado aguardar la luz del día  
bajo tu inmenso pabellón de estrellas;  
desde los huertos de Medina Azzahara  
el Betis columbrar lleno de luna  
allá en el fondo de la noche clara,  
donde negrea la ciudad moruna...!”

Huele siempre la vasija al primer vino que se echó en ella; y así, cuando, transcurridos los lozanos y alegres días de la mocedad, las vistosas y bienolientes flores se convirtieron en sazonados frutos y Menéndez Pidal dedicóse de lleno, más que al ejercicio de su carrera de abogado y a los enfadosos dares y tomares de la política, al esmerado estudio de cuanto hay que saber y practicar para ser un excelente archivero, bibliotecario y arqueólogo, todavía en sus nuevas obras, principalmente en las de carácter histórico, subsistió, y aún hoy mismo perdura, el suave olor de la antigua solera; de aquel primer vino generoso de la Poesía. Y, ciertamente, cultivada la Historia como la cultiva en sus interesantes libros el nuevo Académico, no es ciencia árida, no, sino más bien arte exquisito, en donde, sobre caber mucha belleza, no falta a las veces ni la gracia delicada y sutil que hace asomar la sonrisa a los labios; porque, al cabo, la gracia es fina sal, y

sin sal no hay manjar, ni del cuerpo ni del espíritu, que sea enteramente apetitoso.

Entre los diversos estudios de carácter histórico que debe al recipiendario la cultura española, tales como sus trabajos sobre *San Pedro de Cardeña*, *La orden militar de Santa María de España*, y otros muchos, merecen señalada mención sus concienzudas y luminosas investigaciones acerca de las *Leyendas del último rey godó* y una muy curiosa y documentada biografía de *El bufón de Carlos V, don Francesillo de Zúñiga*, obras favorablemente juzgadas por los mejores críticos, así dentro como fuera de España. De la primera de ellas, cuya importancia y cuyo mérito encareció muy mucho el señor Menéndez y Pelayo, dijo en sus notables *Estudios sobre o Romanceiro peninsular* doña Carolina Michaelis, altísima autoridad en esta materia, que es una “obra magistral de investigación y de crítica”, juicio con el cual concuerdan de todo en todo los de Mardeu y Fitzmaurice-Kelly, quienes calificaron de *definitivo* este trabajo. Lo propio, *mutatis mutandis*, han dicho en el *Bulletin Hispanique* acerca de la biografía de don Francesillo de Zúñiga hispanistas tan autorizados como los señores Morel-Fatio y Léonardon. Nada, en efecto, deja que desear tan acabada información histórica, en donde a las mil maravillas se ve retratada una de las figuras más curiosas e interesantes de la época del ínclito vencedor de Francisco I.

Con razón sobrada los aficionados al estudio de nuestra Historia estiman mucho las monografías de don Juan Menéndez Pidal, porque, amén de abundar en otros méritos, todos o casi todos los materiales con que las prepara y escribe están sacados por él de la cantera, y son fruto, por tanto, de

concienzuda investigación propia; no, cual es común estilo de adocenados escritores, mera aglomeración y revuelta ensalada de muchos impresos manidos y en cuyo resumen o compendio, amasado sin arte y sin crítica, se juntan, como basuras en tejado, las burdas y patrañosas invenciones de cien autores faltos de ciencia y de conciencia, las conjeturas descabelladas de diversos visionarios de poca sindéresis, y, a mayor abundamiento, las groseras erratas, servilmente transmitidas de copia en copia, y que se debieron a media docena de impresores indolentes o ignaros. En las obras históricas de don Juan Menéndez Pidal todo, por el contrario, es oro de ley: todo está dicho la verdad sabida y la buena fe guardada, y en su prosa, para que nada bueno falte al escritor, no hay modismo ni palabra que no sean hidalgos de solar conocido en estos reinos.

Vese, pues, señores Académicos, que el fértil entendimiento del que desde hoy llamamos nuestro colega no se ha movido dentro de los límites de una sola disciplina: dúctil al par que brioso, ha escogido campos muy diferentes para emplear su actividad, y demostrado en todos ellos felicísima aptitud. Ha cosechado codiciables laureles profesando el divino arte de la Poesía; ha merecido y obtenido justos elogios siempre que se dedicó a esclarecer puntos interesantes de nuestra historia política, social y literaria; y como *folklorista*, la recolección y el estudio del saber popular, por desdicha, harto atrasados en España, le deben muchas y muy valiosas aportaciones. Añádese a todo esto que Menéndez Pidal es españolísimo de alma, y que, por buen conocedor de nuestro inmenso tesoro literario nacional, no se anda, como tantos otros, a buscar pan de trastrigo para subro-

garlo en el lugar del propio, ni a mendigar palabras y construcciones exóticas por los vocabularios extranjeros y por las literaturas ultrapirenaicas, pues patrióticamente persevera en la resolución de comer de por vida nuestro gustoso pan candeal, que, por bien amasado y mejor cocido, y aun sólo por la preciosa cualidad de ser nuestro, criado en la noble tierra que labraron aquéllos que nos dieron el ser, debemos diputarlo por el más bueno del mundo.

Añádase también a lo expuesto que en la noble milicia del periodismo don Juan Menéndez Pidal demuestra cada día, de muchos años a esta parte, su vasta cultura, en la cual la generalidad de los conocimientos no se logró a costa de su profundidad, y agréguese, por último, que como insigne paleógrafo y muy docto conocedor de nuestro pasado, es digno jefe del Archivo Histórico Nacional, donde con amorosa diligencia se ocupa en acrecentar, estudiar y clasificar aquellos riquísimos fondos, y se tendrá, aunque en cifra y compendio, idea cabal de lo mucho que vale el ilustre obrero que hoy viene a tomar parte en nuestras tareas. No será preciso, pues, tener don de profecía para adivinar, sin miedo de equivocarse, que la estancia de don Juan Menéndez Pidal en la Academia Española ha de ser bien provechosa a los fines de nuestra institución, ya que en él son cualificadísimos la virtud, y aun el vicio, de trabajar; que tal es de activa y persistente su noble afición al estudio, que llega a rayar en desordenada y excesiva.

Si por todas sus obras anteriores no hubiésemos echado de ver la excelente calidad intelectual del poeta, del literato, del *folk-lorista*, del historiador, del experto erudito a quien hoy abrimos las puertas, al par que los brazos, bastaríanos

para formar alto concepto de su cultura el notable discurso que acabamos de oír. En él, gracias a una penosa, pero afortunada investigación de noticias que todos ignorábamos hasta ahora, nos da hábilmente reconstituída una figura muy interesante del gran siglo de nuestra Historia: la del célebre autor del *Carlo famoso* y de la miscelánea más sabrosa y entretenida de cuantas se escribieron en el reinado de Felipe II. El fidedigno retrato de don Luis Zapata queda hecho de mano maestra para la posteridad, con todos los defectos y las buenas cualidades de aquel caballero; con todas sus discreciones y extravagancias: tal como fué todo el tiempo que en carne mortal anduvo por el mundo. Necesario es, pues, relegar desde hoy al desván de los trastos inútiles aquel bosquejo que nos fué vendido por *vera efigies* del singular alcaide extremeño y que de consuno habían diseñado la perezosa incuria y la vanidosa jactancia de quienes, ganosos de hacer que hacen, suelen inventar lo que no averiguan, como si la mentira, alimaña que siempre cojea, no hubiese de dejarse cazar el día menos pensado. Ya lo oísteis: ni Zapata nació el año que se decía, ni murió cuando se supuso, ni militó en parte alguna, contra lo que se afirmaba, ni casó en segundas nupcias con una dama portuguesa, ni son suyos, en fin, los sonetos cuya paternidad se le atribuyó, sino de un su homónimo. Al antiguo perfil del poco melodioso cantor de las hazañas de Carlos V no le queda de lo antiguo, luego que Menéndez Pidal lo ha despojado de lo que en realidad no le pertenecía, ni siquiera el escueto y humilde *Juan Pérez* que aún había de quedar al dramaturgo Montalbán, según la vulgar redondilla, cuando soltase, por mal poseídos, el *don* y el título doctoral. En

cambio, nuestro nuevo colega nos ha dado a conocer, fielmente restituída al mundo de la historia, la figura auténtica de Zapata.

Comunísimo achaque ha sido este del mentir, o del dar ligeramente por bien averiguado lo que mintieron otros, y buenas ocasiones tuve para notar la frecuencia de tan grave mal siempre que puse mano a preparar alguno de mis estudios referentes a nuestra historia literaria. Las biografías de Barahona de Sofo, Pedro Espinosa, el sexto marqués de Tarifa, Mateo Alemán, Luis Vélez de Guevara, Baltasar del Alcázar y Fernando de Herrera, que rehice inhábil, pero cuidadosa y documentadamente, todas ellas estaban plagadas de errores. Y en este punto, las vidas de los hombres científicos no habían de ser de mejor condición que las de los literatos y poetas: del célebre farmacólogo sevillano Nicolás Monardes, cuyo estudio biográfico esboqué pocos meses ha, corrían y corren recibidas como verdades tantas disparatadas invenciones y tantas burdas patrañas, que aun demostrada su falsedad con muchedumbre de documentos fehacientes, es de temer que tarden largo tiempo en verse desterrados los errores que acerca de aquel doctor insigne, y hasta de alguna de sus obras, andan esparcidos y cien veces copiados en libros seculares.

A seguir fielmente el plan que me tracé antes de pergeñar este desaliñado discurso, ahora, a propósito de las distraídas mocedades de Zapata, había yo de tratar de cómo y por qué toda la vida española se apicará algo en la segunda mitad del siglo XVI y en la primera del siguiente; y después, saliendo al encuentro al probable reparo, ya entreoído, de los que juzguen que el autor del *Carlo famoso* no merecía



un estudio biográfico tan prolijo y bien hecho como el que le ha dedicado el señor Menéndez Pidal, extenderme en amplias consideraciones sobre este punto; pero, de una parte, considero que esta solemnidad pertenece toda entera al nuevo Académico, y de otra parte, ando temeroso de molestar demasiado vuestra atención; así, pues, prescindo de entrar en reflexiones sobre la vida picaresca española, y, por lo demás, me limitaré a traer a cuento unas palabras con que, curándome en salud, como dicen, salí al encuentro de los que entendiesen ser demasía escribir un libro de cerca de quinientas páginas para estudiar a un escritor de segunda fila, tal como el benemérito antequerano Pedro Espinosa.

“Corre por ahí—dije—muy válida la creencia de que son mal empleados el tiempo y la atención que se gastan en estudiar la vida y las obras de los que podríamos llamar *dii minorum gentium* del cielo de la cultura. Para el vulgo—y cuenta que hay mucho vulgo entre los literatos y los críticos—sólo son dignos de extensas biografías los dioses mayores: los colosos, los genios. ¡Craso error! Sobre que de sus vidas y sus obras, por lo común, estamos ya bien enterados, ¿no brillan en el espacio sino las estrellas de primera magnitud? ¿Todo ha de ser soles esplendorosos y rutilantes luceros en el sistema planetario de nuestra Historia? ¿No será más meritorio estudiar una estrella de segundo orden, no bien estudiada todavía por los astrónomos, que recapitular, verbigracia, lo dicho acerca de la polar? ¿Por ventura no hemos salido aún de aquella torpe rutina que tuvo concretada nuestra historia política a muy poco más que biografías de reyes y descripciones de batallas, y la historia

de nuestros sabios y artistas a unas cuantas docenas de esbozos biográficos?

”La historia literaria de España está a medio conocer, y, por tanto, a medio escribir: todavía se nos esconde una gran parte de la abundantísima labor hecha en España durante el mejor tiempo de nuestra literatura. Están a la vista de todos los grandes hitos que indican por dónde cruzaban las vías; pero apenas se conocen muchos recodos, prominencias y depresiones del gran camino que a las letras patrias abrió la serie gloriosa de sucesos prósperos a cuyo benéfico influjo se debió el Renacimiento. Y ello es que, así como la historia social de España no podrá escribirse con entero acierto y con la necesaria copia de datos mientras no se estudien las historias locales, sumandos, digámoslo así, de la general, del mismo modo la historia literaria de aquellas grandes centurias, en especial la de nuestro *siglo de oro*, no podrá estudiarse como es de apetecer hasta que prolijas y fatigosas investigaciones saquen del polvo de los archivos y bibliotecas a la clara luz del día las obras de los escritores de aquella época, y hasta que se averigüe minuciosamente la vida de aquellos ingenios, ya que tal indagación es cosa imprescindible para el provechoso análisis de sus producciones.

”Y no vale decir que lo bueno, que lo sobresaliente de aquellos tiempos está conocido, y que huelga inquirir lo mediano y aun lo detestable; pues, sobre que de lo mejor queda mucho por investigar, ¿cómo hacer caso omiso de lo mediocre ni de lo malo, si la Historia es ciencia complejísima, en la cual no hay factor que carezca de importancia? ¿Quién dice sin disparatar que cuando comenzó a desmoro-

narse nuestra literatura, asombro del mundo, hasta quedar completamente arruinada mucho antes de empezar el siglo XVIII, no influyeron los malos escritores sobre los buenos, como influye el enfermo contagiado de peste en la salud del hombre sano y vigoroso? ¿Es Góngora por ventura el fundador del culteranismo? ¿No lo bebió, más que en las obras de don Luis Carrillo Sotomayor, en las de otros poetas poco estudiados todavía? ¿Cómo, pues, ha de ser *res inanis*, al par que *labor improba*, el estudio de esos escritores? ¿Qué se diría del naturalista que, ocupado en el examen de las grandes especies de la escala animal, reputase por cosa baladí las fecundísimas disquisiciones biológicas que no pueden efectuarse sin el auxilio del microscopio? Bien mirado, ¿no es de tanto o más interés científico el estudio de las abejas que el de los leones? Porque es lo cierto que en la historia social, política y literaria, como en la natural, no hay hechos insignificantes; no hay sumando que no aporte a la suma un valor apreciable, máxime cuando en sociología todos los elementos se compenetran, influyendo mediata o inmediatamente los unos sobre los otros.”

Bien haya, pues, el culto escritor que entendiéndolo así, al dar a la Academia Española grata ocasión para que señale con piedra blanca este día, ha sabido acrecentar nuestra no harto copiosa galería de retratos histórico-literarios con uno tan fiel y esmeradamente hecho como el del travieso y desbaratado autor del *Carlo famoso*.

HE DICHO.

